

No me gusta el fútbol

Índice:

Nota al lector

Introducción

Capítulo 1 – ¿Deporte o Dogma?

Parte 1 – El fútbol como religión secular

Parte 2 – La presión social del dogma

Parte 3 – Lo que no se puede decir

Parte 4 – ¿Y si dejamos de creer?

Capítulo 2 – Los que ganan

Introducción

Parte 1 – El espectáculo más rentable del mundo

Parte 2 – FIFA, UEFA y el club de los intocables

El escándalo del FIFA Gate

Blatter y Platini: del poder al descrédito

La elección de sedes mundialistas bajo sospecha

La Real Federación Española de Fútbol y el caso Rubiales

El caso Dani Alves

Un patrón de impunidad

Parte 3 – El fútbol como lavado de cara (y de dinero)

Propietarios con petróleo, chequera... y una reputación que mejorar

Patrocinios con doble fondo

El fútbol como plataforma política

El fútbol también blanquea dinero

Parte 4 – Todos los negocios que no parecen negocios

El periodismo deportivo convertido en maquinaria de contenidos

El marketing futbolístico como herramienta universal

El fútbol como adicción gamificada

El fútbol como espacio de influencia política e institucional

Y el fan, sin saberlo, es engranaje

Capítulo 3 – Los que pierden

Introducción

Parte 1 – El hincha que cree que gana

Parte 2 – Los descartados del sistema

Parte 3 – Las víctimas invisibles del sistema

Parte 4 – Las comunidades y países sacrificados por el espectáculo

Mundiales que empobrecen

Qatar: el precio en vidas humanas

Estadios vacíos, escuelas rotas

El fútbol como cortina de humo

Capítulo 4 – Los que callan

Introducción

Parte 1 – La ley del silencio

Parte 2 – Los cómplices por omisión

Parte 3 – El precio de hablar

Parte 4 – ¿Y si todos habláramos?

Capítulo 5 – Si dejáramos de jugar su juego

Introducción

Parte 1 – Si dejamos de consumir humo, tendrán que ofrecer algo real

Parte 2 – Si dejamos de comprar camisetas, perderían poder simbólico

Parte 3 – Si dejamos de idolatrar a jugadores, dejarán de ser intocables

Parte 4 – Si dejamos de cerrar conversaciones con “el fútbol es así”, se abriría el debate.

Parte 5 – Si dejamos de mirar hacia otro lado, la fiesta sería más justa.

Parte 6 – Si el fútbol deja de ser un dogma, volvería a ser un juego.

Capítulo 6 – La ingeniería emocional

Parte 1 – La emoción como pegamento

Parte 2 – El secuestro emocional: cuando el fútbol te dice qué sentir y cuándo

Parte 3 – Las emociones prestadas

Parte 4 – ¿Qué sentiríamos si dejara de importarnos?

Capítulo 7 – El fútbol como videojuego cultural

Parte 1 – Reglas claras, recompensa inmediata

Parte 2 – Subir de nivel: el aficionado como jugador simbólico

Parte 3 – Avatares de carne y hueso: los jugadores como personajes jugables

Parte 4 – Finales falsos, partidas infinitas

Parte 5 – Microtransacciones emocionales: paga por sentir

Reflexión

Capítulo 8 – Patrias de camiseta

Introducción

Parte 1 – La camiseta como bandera

Parte 2 – Localismo y tribalismo: tu barrio, tu equipo, tu escudo

Parte 3 – Nacionalismos de estadio: el fútbol como arma política

Parte 4 – El rival como amenaza identitaria

Parte 5 – ¿Quién soy sin esta camiseta?

Capítulo 9 – El día después del último partido

Introducción

Parte 1 – Un experimento mental: el mundo sin fútbol

Parte 2 – Espacios vacíos, silencios nuevos

Parte 3 – Reacciones y resistencias

Parte 4 – Nuevos juegos posibles

<u>Conclusión</u>
<u>Capítulo 10 – Reescribir las reglas</u>
<u>Introducción</u>
<u>Parte 1 – ¿Es posible otro fútbol?</u>
<u>Parte 2 – Lo que sobra, lo que falta</u>
<u>Parte 3 – Fútbol con pensamiento crítico</u>
<u>Parte 4 – Reescribir desde lo pequeño</u>
<u>Parte 5 – Si no cambia el juego, cambia el jugador</u>
<u>Epílogo – El ruido y el eco</u>
<u>Glosario y Apéndice Documental</u>
<u>1. Términos y conceptos adicionales</u>
<u>2. Casos reales y referencias breves</u>
<u>Este libro es libre.</u>

Nota al lector

Este libro no intenta convencerte de que odies el fútbol, ni pretende tener la razón absoluta. Sólo intenta abrir una conversación que durante demasiado tiempo se ha cerrado con gritos, silencios incómodos o chistes que no hacen gracia.

Si alguna parte te hizo reflexionar, o te hizo sentir menos solo, ya ha cumplido su función.

Te invito a compartirlo, discutirlo, a llevarlo a otros espacios... no para imponer una idea, sino para **ampliar la conversación**.

Gracias por estar aquí.

Gracias por leer.

— El autor.

Introducción

Siempre me sentí raro en el recreo.

Mientras la mayoría se lanzaba al campo improvisado con la urgencia de quien se juega la vida en cada pase, yo me sentaba con los deberes. No porque fuera un empollón. Al contrario: era bastante vago. Pero vago con cabeza. Había hecho los deberes de las primeras clases de la mañana el día anterior en casa, como cualquier mortal que teme a un suspenso, y entonces usaba el recreo para hacer los de las clases que venían después del recreo. ¿Por qué? Fácil: si

los terminaba ahí, tendría más tiempo libre por la tarde para hacer lo que de verdad me gustaba. Jugar a videojuegos, vagar, perderme en mis cosas.... En mi casa tranquilo. Mucho mejor que disfrutar de ese tiempo en un patio de colegio (sobretudo en una época pre-smartphones).

Pero encontrar un rincón tranquilo en el patio era casi imposible.

Más del 95% del espacio estaba dominado por la dictadura del fútbol. Un territorio sin fronteras claras, donde un balón podía aparecer en cualquier momento volando a la altura de tu cara. No había zonas seguras. Daba igual si escribías, comías o simplemente mirabas al cielo: el peligro siempre venía rodando. Y lo peor no era el impacto del balón, sino la reacción tras el impacto.

—¡Eh, que estamos jugando! —te decían, como si eso justificara la patada, el golpe, el susto o el cuaderno arrugado.

Poco a poco, entendí que el fútbol no era simplemente un juego para los demás. Era **El Juego**. El que lo ocupaba todo, el que arrasaba con cualquier otra forma de estar o ser en el recreo. El que convertía a quienes no participábamos en espectadores accidentales, o en obstáculos.

Durante años conviví con esa incomodidad sin saber nombrarla. Lo que sentía era irritación, pero también una especie de culpa. Como si el problema fuera mío por no integrarme. Porque en aquel universo escolar, no gustarte el fútbol era como ser daltónico en un mundo pintado solo de rojo y azul.

Y lo peor es que esa presión no acababa en el patio. El fútbol estaba en casa, en la tele, en las conversaciones de los adultos, en las noticias, en los deberes del día siguiente. Incluso en la calle, cuando ganaba un equipo, y la ciudad entera explotaba en gritos, petardos y cláxones como si el mundo hubiera sido salvado de una invasión alienígena. Cuando España ganó el Mundial, dormir se volvió una misión imposible. No por la alegría ajena, sino por el volumen con el que se celebraba, como si la felicidad legítima tuviera permiso para ser invasiva.

Con el tiempo empecé a ver que no era una simple afición. Era algo más profundo, más estructurado, más exigente. Un sistema emocional al que uno debía adherirse, o resignarse a ser el raro. Y eso me llevó a hacerme preguntas: ¿por qué se nos impone el fútbol desde tan pequeños? ¿Qué valores arrastra? ¿Por qué está tan normalizado que el ruido, la rivalidad y el fanatismo se consideren parte del juego?

Este libro nace de esas preguntas. De esa sensación de no encajar. Y de la necesidad de darle nombre, cuerpo y argumento a algo que muchos hemos

sentido en silencio: que no gustarte el fútbol no es un defecto. Y que, tal vez, sea una oportunidad para mirar con otros ojos lo que hay detrás del fenómeno más poderoso del siglo XXI.

Capítulo 1 – ¿Deporte o Dogma?

Parte 1 – El fútbol como religión secular

El fútbol, más que un deporte, se ha convertido en una religión sin teología. Y no lo digo como metáfora gratuita: sociólogos, antropólogos y filósofos han estudiado cómo las sociedades contemporáneas han sustituido ciertos rituales religiosos por estructuras simbólicas laicas, y el fútbol es uno de los ejemplos más claros. De hecho, el filósofo Pascal Bruckner afirmaba que "el fútbol es la religión del siglo XXI porque ha heredado su capacidad de unir a masas en torno a una liturgia colectiva".

Basta con observar cualquier partido importante: cánticos casi litúrgicos, peregrinaciones a estadios, idolatría de figuras, ritos compartidos, vestimenta simbólica (las camisetas que no se lavan por superstición, los colores que no se pueden mezclar), y la sensación de formar parte de algo trascendente. En el estadio, como en el templo, uno deja de ser individuo para convertirse en feligrés.

La revista *The Atlantic* publicó un artículo titulado "*The Church of Soccer*" donde se hablaba del "papel eclesiástico" del fútbol moderno: ofrece identidad, comunidad y propósito a millones de personas. Lo que antes se encontraba en las religiones tradicionales ahora se encuentra en los clubes. El periodista Simon Kuper incluso llegó a documentar que hay hinchas que sienten más dolor por el descenso de su equipo que por la pérdida de un familiar lejano. Y no exageraba: en un estudio realizado por la Universidad de Sussex en 2008, se concluyó que el 44% de los encuestados reconocía que una derrota de su equipo les afectaba anímicamente "más que la mayoría de problemas personales".

El periodista deportivo Franklin Foer también exploró esta dimensión en su libro "*How Soccer Explains the World*", donde analiza cómo el fútbol sirve como una especie de catalizador cultural, económico y emocional en distintos países, reemplazando estructuras de cohesión social deterioradas por las guerras, la pobreza o la globalización. En otras palabras: donde antes había iglesia, ahora hay estadio.

Esto también explica por qué se toleran conductas tan cuestionables dentro del entorno futbolero. El fanatismo justifica la irracionalidad. Un futbolista puede saltarse la ley, escupir a un rival, ser investigado por delitos graves... y aun así, su club y sus fans lo defenderán a capa y espada. Como si fueran los pecados de un profeta, tapados por su carisma o sus goles. A las pruebas me remito, si eres Messi puedes evadir impuestos, y si eres Dani Alves puedes agredir sexualmente a quien quieras.

Y esto no ocurre sólo a nivel profesional. En categorías inferiores, e incluso en el fútbol infantil, se reproducen estas dinámicas. Padres que gritan a árbitros en partidos de niños. Equipos de barrio que entrenan más la agresividad que el compañerismo. Entrenadores que enseñan que lo importante es ganar, no aprender.

El fútbol deja de ser un juego cuando se transforma en identidad. Cuando ya no se trata de si alguien juega bien o mal, sino de si es de los nuestros o de los otros. En ese momento, el juicio desaparece. La lógica se diluye. Y lo único que queda es la fe ciega.

Piensa en algo: ¿Las acciones (propias y/o ajenas) como hinchas de fútbol, sin el contexto del fútbol, seguirían siendo aceptables?

Parte 2 – La presión social del dogma

Nunca me marginaron por no gustarme el fútbol (o no de manera hiriente). Tampoco me insultaron por no tener equipo, ni me dejaron fuera de ningún cumpleaños por no saber quién había marcado en la Champions. Pero durante años noté algo sutil. No hostilidad, sino desconexión.

No tener equipo era como no tener horóscopo. O no tener cuenta en Instagram. No era un problema en sí, pero te convertía automáticamente en un interlocutor... extraño. Cuando alguien te preguntaba "¿De qué equipo eres?", y respondías "De ninguno", se producía un microcorte en la conversación. No una pelea, ni una burla. Solo un pequeño silencio. Una especie de cortocircuito social. Como si hubieras dicho algo que no encajaba en el guion.

Eso me hizo darme cuenta de que el fútbol no se vive simplemente como una afición. Es una especie de punto de encuentro cultural universal —al menos, en ciertos países, lugares y/o contextos— que define identidades, abre conversaciones y rellena huecos incómodos. Si no estás ahí, no te expulsan, pero tampoco sabes muy bien dónde colocarte.

En el colegio, eso se notaba especialmente. El recreo era casi un ecosistema futbolero cerrado, y no estar dentro era como ser un satélite orbitando alrededor del partido. No lo digo con rencor. Lo observaba como quien ve desde la ventana una fiesta a la que no ha querido ir... pero que igual te hace preguntarte si te estás perdiendo algo.

Con los años, esa sensación no desapareció. Se trasladó. Al instituto, donde los grupos se organizaban entre "los que jugaban fútbol" y "los demás". A la universidad, donde las conversaciones casuales solían arrancar con algo como "¿Viste el partido de ayer?". Al trabajo, donde las pausas del café muchas veces giraban en torno a una jugada, un penalti, un fichaje. Si no estabas al tanto, no te marginaban. Pero quedabas fuera del bucle.

Y esa es la palabra: bucle. El fútbol genera una red de códigos compartidos, una lengua común. Puede ser útil. Puede ser inofensivo. Pero también puede volverse opresivo cuando parece que todos están hablando ese idioma menos tú.

No es que el fútbol imponga directamente. Es que se da por sentado. Se espera que te guste. O al menos que no digas que no te gusta.

Y ahí está el matiz importante: **no hay una presión abierta, sino una norma no escrita**. Una especie de "deberías estar dentro". No hace falta que seas fanático, pero sería raro que no te enteraras de cuándo juega tu selección, o que no supieras quién es el delantero estrella del país. Lo contrario no es delito. Pero sí es *raro*.

Y lo raro, en sociedad, siempre lleva una mochila: la de justificarte.

Con el tiempo, empecé a entender que el fútbol no solo se sostiene por la pasión auténtica que despierta en mucha gente. También se mantiene —y se multiplica— por un mecanismo más silencioso: **el miedo a quedarse fuera**.

Puede que nadie te obligue a seguir el ritual. Pero no seguirlo tiene un coste: perderte parte del pegamento social que une a compañeros, amigos o familiares. No saber de qué hablan en la sobremesa. No compartir el grito cuando "todos" celebran.

Quizá el fútbol no sea obligatorio. Pero no gustarte... es una forma de desconectarte.

Y puedes buscar entornos donde el fútbol no sea el tema dominante. Puedes rodearte de personas con otros intereses, con otras pasiones. Pero siempre hay alguien que acaba sacando el tema. Una referencia, una broma, un "¿cómo

quedó el partido?". Y cuando te das cuenta, otra vez... el fútbol vuelve a ocupar la mesa entera.

Parte 3 – Lo que no se puede decir

Hay cosas que uno puede criticar abiertamente sin mayor consecuencia: el sistema educativo, el gobierno, la televisión, los influencers, el veganismo... Dirás tu opinión, te discutirán, puede que no te den la razón... pero la conversación (y la vida) seguirá su curso.

Con el fútbol, no. El fútbol es sagrado.

Decir que no te gusta el fútbol es una rareza. Pero decir que te parece sobrevalorado, agotador o incluso tóxico, ya es terreno peligroso. Automáticamente pasas de ser "el que no lo sigue" a ser "el que quiere arruinarle la ilusión a todos". Como si por no emocionarte con una semifinal estuvieras atentando contra la estabilidad emocional de un país.

No hace falta que critiques a ningún equipo. Basta con decir: *"A mí el fútbol me aburre"*... y ver cómo se tensan los hombros en el grupo. *"¿Pero cómo te puede aburrir? ¡Si es lo más emocionante que hay!"*

Como si tu percepción fuera una afrenta a la verdad universal.

Esto revela algo importante: el fútbol no se vive como un gusto, sino como una certeza. Como algo que está por encima del debate. Un valor común que **no se discute**, como el amor de una madre o que el agua moja.

La paradoja es que se puede criticar *todo lo que rodea* al fútbol: la FIFA, los árbitros, el VAR, los precios, los horarios, la corrupción, los fichajes millonarios... siempre que lo hagas **desde dentro**. Como hincha decepcionado. Como creyente airado que exige una misa mejor. Pero si lo haces desde fuera, si cuestionas el sistema entero, la respuesta no es argumentativa, sino defensiva. Te conviertes en "el que no entiende nada".

Y puede que tengan razón. Puede que no lo entiendas. Pero a veces precisamente **porque lo entiendes, no lo compartes**.

Lo mismo ocurre con los valores que el fútbol transmite, o tolera. La competitividad llevada al extremo, el tribalismo, la necesidad constante de un "enemigo" —el otro equipo, el otro aficionado, el árbitro, el periodista que no opina como tú—. Se puede hablar de ello en abstracto, como quien hace autocrítica ligera. Pero si lo nombras con claridad, si dices que es preocupante,

incómodo o dañino, la conversación se termina con un "bueno, eso pasa en todas partes", el clásico "no es para tanto", o la vieja confiable "el fútbol es así".

Hay un muro invisible que protege al fútbol de ser examinado con la misma lupa con la que analizamos otros fenómenos sociales. Como si esa pasión colectiva lo absolviera de responsabilidad. Como si fuera demasiado grande para caer. O demasiado querido para cambiar.

Y claro, eso lo convierte en un espacio blindado. Intocable. Incuestionable. Un lugar donde **decir lo que piensas implica arriesgar tu simpatía social**.

Porque cuando algo se vuelve tan importante que no se puede ni criticar, deja de ser solo un juego.

Y cuando se dedican a evadir impuestos, a agredir a su pareja, a violar, a insultar en público, a blanquear dinero, a estafar, a fomentar apuestas ilegales, a recibir comisiones fraudulentas... entonces se debería parar el juego inmediatamente. Porque todos estamos siendo obligados a jugarlo de una forma u otra, queramos o no.

Parte 4 – ¿Y si dejamos de creer?

El fútbol es una emoción compartida. Una maquinaria bien engrasada para canalizar frustraciones, identidades, euforias y odios que, por algún motivo, no sabemos colocar en otro sitio. Y ahí está su fuerza, pero también su trampa.

Cuando gritas un gol, cuando insultas al rival, cuando te hundes porque "hemos perdido", parece que esas emociones vinieran de fuera. Como si el fútbol te las lanzara, y tú no pudieras hacer otra cosa que atraparlas. Pero no es así.

Lo que sientes cuando tu equipo pierde, ese cabreo profundo, esa tristeza de lunes por la eliminación, ese desprecio automático hacia los colores contrarios... **todo eso lo pones tú**. Es tu decisión emocional. Aprendida, sí. Socialmente aceptada, claro. Pero sigue siendo tuya.

Y si uno puede decidir enfadarse por un penalti, también puede decidir no hacerlo.

Porque esas emociones no son naturales. Son condicionadas. El tribalismo que se vive en las gradas no nace contigo: te lo enseñaron. Lo aprendiste en casa, en la escuela, en los medios. Te dijeron que así se sentía la pasión. Que así se demostraba la fidelidad. Que eso era "vivir el fútbol".

Y cuando muchas personas sienten lo mismo, al mismo tiempo, sin cuestionarlo, la emoción se convierte en doctrina. En una verdad colectiva que nadie se atreve a desmontar.

Pero puedes desmontarla.

Puedes preguntarte si esa rabia que te hierve cada vez que pierde tu equipo tiene realmente algo que ver contigo.

Puedes observar qué te pasa por dentro cuando ves a alguien celebrando el gol del rival.

Puedes darte cuenta de que no estás obligado a odiar a nadie. Ni a sufrir. Ni a celebrar lo que no entiendes. Ni a fingir emoción por algo que no te mueve.

Tal vez el problema no es el fútbol en sí, sino cómo lo vivimos. Cómo lo cargamos de significados que no necesita. Cómo lo usamos para sentir cosas que no nos atrevemos a sentir de otro modo. Y cómo confundimos esas emociones con verdades absolutas.

¿Y si lo bajamos del pedestal? ¿Y si lo dejamos en lo que, en el fondo, debería ser: un pasatiempo? ¿Y si dejamos de creer que esto tiene que importarnos?

Cuestionarlo no es traicionar nada. Es recuperar la libertad de sentir lo que realmente sentimos. Y, si hace falta, la libertad de no sentir nada.

Pero hay mucha gente a quien no le interesa que el fútbol sea sólo un juego....

Capítulo 2 – Los que ganan

Introducción

Cuando hablamos de fútbol, la mayoría piensa en goles, camisetas, rivalidades y momentos épicos. Pero detrás de cada grito de gol, cada retransmisión, cada lágrima de hincha... hay alguien contando billetes.

El fútbol mueve más dinero que la mayoría de países. Es un negocio en mayúsculas. Pero no solo eso: es también una plataforma de poder, una herramienta de propaganda, un refugio fiscal, una excusa política, una cortina de humo. Mientras millones de personas se emocionan con lo que pasa en el campo, un pequeño grupo se enriquece y se fortalece con lo que ocurre *fuera* de él.

En este capítulo, vamos a hablar de ellos. De los que nunca salen en los álbumes de cromos. De los que no marcan goles, pero ganan igual. De los que

hacen del fútbol su mina de oro personal, sin sudar ni una camiseta.

Bienvenido al otro partido. El que se juega sin balón.

Parte 1 – El espectáculo más rentable del mundo

El fútbol es un producto. Uno de los más rentables del planeta.

Cada partido es una máquina perfectamente engrasada para generar ingresos: entradas, retransmisiones, publicidad, merchandising, apuestas, videojuegos, tokens digitales, patrocinadores, camisetas conmemorativas, campañas virales. Lo que para muchos es una tradición familiar, para otros es una cadena de suministro emocional con beneficios multimillonarios.

Para entender la magnitud del negocio, basta con mirar los números. Según la FIFA, el Mundial de Qatar 2022 generó **más de 7.500 millones de dólares en ingresos**. Solo en derechos de televisión, la UEFA Champions League factura más de **3.000 millones de euros por temporada**, sin contar ingresos publicitarios, licencias ni patrocinios. Los clubes grandes no son solo equipos: son **marcas globales**, gestionadas como empresas transnacionales que cotizan en bolsa y reportan a accionistas, no a aficionados.

El Real Madrid, el Manchester City o el PSG no compiten solo por trofeos: compiten por cuotas de mercado. Por audiencias. Por presencia en Asia. Por contratos con petroleras, aerolíneas y multinacionales tecnológicas.

Y detrás de cada una de esas estrategias hay una verdad incómoda: **el hincha ya no es hincha. Es cliente.**

Un cliente fidelizado, con engagement emocional gratuito, dispuesto a consumir entradas, camisetas, apps, apuestas y narrativas épicas como quien compra nostalgia en cuotas mensuales.

Incluso los videojuegos de fútbol, como el antiguo FIFA (ahora EA Sports FC), dejaron de ser “un juego” hace tiempo. Se convirtieron en **plataformas de microtransacciones disfrazadas de experiencia deportiva**, donde se invierten miles de millones al año en sobres virtuales que apelan al mismo sistema de recompensa que las tragaperras. Y os recuerdo que es un videojuego permitido para niños de más de 3 años.

¿Y las casas de apuestas? Invasoras. Omnipresentes. Convertidas en parte del paisaje. Hoy es casi imposible ver un partido sin que se mencione una cuota, una promoción o un bono. El deporte, que se supone que cultiva el cuerpo y el

alma, ha sido invadido por uno de los negocios más adictivos y destructivos del mundo, con total normalidad.

Todo está conectado. Todo se monetiza. Tu emoción, tu tristeza, tu fidelidad, tu camiseta, tu ídolo, tu odio al rival... todo puede generar rendimiento económico si se empaqueta bien. **Y lo hacen. A diario.**

Por eso ya no se trata solo de quién gana en el marcador. Se trata de quién **convierte tu pasión en una fuente de ingresos estable**. Porque cuando todos están llorando, el mejor negocio es vender pañuelos.

Parte 2 – FIFA, UEFA y el club de los intocables

Si los jugadores son las caras visibles del fútbol, las grandes organizaciones como la FIFA y la UEFA operan en las sombras, manejando los hilos del deporte más popular del mundo. Durante décadas, estas entidades han sido señaladas por prácticas opacas y decisiones controvertidas que han puesto en entredicho la integridad del fútbol.

El escándalo del FIFA Gate

En mayo de 2015, el mundo del fútbol se vio sacudido por un escándalo sin precedentes. El Departamento de Justicia de Estados Unidos presentó cargos contra **nueve altos funcionarios de la FIFA y cinco ejecutivos corporativos**, acusándolos de **asociación delictiva, fraude electrónico y lavado de dinero**. Entre los implicados se encontraban:

- **Jeffrey Webb**: entonces vicepresidente de la FIFA y presidente de la CONCACAF.
- **Eugenio Figueredo**: ex presidente de la CONMEBOL y vicepresidente de la FIFA.
- **José María Marin**: ex presidente de la Confederación Brasileña de Fútbol.

Estos dirigentes fueron arrestados en Suiza, en vísperas del Congreso de la FIFA, acusados de participar en un esquema de corrupción que se extendió por más de dos décadas, involucrando sobornos por un total de **150 millones de dólares** relacionados con la venta de derechos de transmisión y marketing de torneos en América Latina.

Blatter y Platini: del poder al descrédito

Aunque no fue detenido en ese momento, el entonces presidente de la FIFA, **Sepp Blatter**, no quedó exento de controversia. En diciembre de 2015, tanto Blatter como **Michel Platini**, presidente de la UEFA, fueron **suspendidos por ocho años** de cualquier actividad relacionada con el fútbol por el Comité de Ética de la FIFA. La sanción se debió a un pago "desleal" de **2 millones de francos suizos** realizado por Blatter a Platini en 2011, supuestamente por trabajos realizados entre 1998 y 2002, pero abonados casi una década después sin un contrato escrito que lo justificara.

La elección de sedes mundialistas bajo sospecha

Las decisiones sobre las sedes de los Mundiales de 2018 y 2022, otorgadas a Rusia y Qatar respectivamente, también han estado envueltas en acusaciones de corrupción. Investigaciones señalaron que hubo posibles sobornos y arreglos clandestinos para asegurar estos derechos, lo que llevó a las autoridades suizas a abrir una investigación penal sobre el proceso de selección de estas sedes.

La Real Federación Española de Fútbol y el caso Rubiales

A nivel nacional, la Real Federación Española de Fútbol (RFEF) no ha estado exenta de escándalos. **Luis Rubiales**, quien presidió la RFEF desde 2018, enfrentó múltiples acusaciones de corrupción y mala gestión. En marzo de 2024, su domicilio fue **allanado por la Guardia Civil** en el marco de una investigación sobre presuntas irregularidades en la gestión de la Supercopa de España y otros contratos.

Además, en agosto de 2023, durante la final del Mundial Femenino, Rubiales protagonizó un incidente al besar sin consentimiento a la jugadora **Jennifer Hermoso** durante la ceremonia de premiación. Este acto generó una ola de críticas y llevó a su suspensión por parte de la FIFA, así como a investigaciones judiciales por agresión sexual y coacciones.

El caso Dani Alves

El caso de **Dani Alves** ejemplifica cómo algunas figuras del fútbol han estado implicadas en graves delitos, generando debates sobre la impunidad y el trato privilegiado en el deporte.

En diciembre de 2022, una joven de 23 años denunció haber sido agredida sexualmente por Alves en una discoteca de Barcelona. Tras la investigación, en febrero de 2024, la Audiencia de Barcelona lo condenó a **cuatro años y medio**

de prisión por agresión sexual, además de imponerle una indemnización de 150.000 euros a la víctima.

Sin embargo, en marzo de 2024, Alves fue puesto en libertad provisional tras pagar una fianza de **un millón de euros**, entregando sus pasaportes y bajo la condición de no salir de España. Posteriormente, en marzo de 2025, el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña revocó la condena, absolviéndolo del delito de agresión sexual al considerar que la sentencia inicial presentaba "vacíos, imprecisiones, inconsistencias y contradicciones".

Esta absolución generó una fuerte reacción pública y llevó a la víctima y a la Fiscalía a anunciar recursos ante el Tribunal Supremo. El caso ha reavivado el debate sobre la percepción de impunidad en el fútbol y cómo las estructuras de poder pueden influir en la administración de justicia.

Un patrón de impunidad

Los casos no son aislados. No son errores puntuales. No son excepciones. Son el reflejo de una estructura. Una forma de hacer las cosas. Un patrón.

Cuando directivos de la FIFA venden votos como si fueran cromos y siguen en el cargo hasta que la presión externa los obliga a dimitir...

Cuando presidentes de federaciones se rodean de opacidad, contratos opacos y redes clientelares, y solo caen cuando el escándalo ya es internacional...

Cuando un jugador condenado por agresión sexual paga una fianza millonaria y abandona la prisión mientras la víctima aún arrastra las secuelas...

Y cuando todo esto se trata con naturalidad o incluso con aplausos desde algunos sectores...

Entonces no estamos ante casos aislados.

Estamos ante un **sistema blindado**, con puertas giratorias, privilegios y una narrativa cuidadosamente construida para que todo siga igual.

La impunidad no es solo legal. Es también emocional, mediática y cultural. Se protege con silencio, con idolatría, con complicidad pasiva. Y se justifica con frases como *"bueno, pero era buen jugador"*, o *"no mezclamos lo deportivo con lo personal"*, como si el talento fuera un salvoconducto moral.

Cuando alguien tan mediático como Dani Alves es **condenado** por violación y aún así logra salir de prisión tras pagar una fianza de un millón de euros —y luego es **absuelto** en segunda instancia por "inconsistencias" mientras la víctima y la Fiscalía deben recurrir al Tribunal Supremo—, el mensaje es claro:

Si tienes suficiente dinero, influencia o camisetas vendidas... puedes fallar. Puedes caer. Pero no demasiado.

Y eso, en cualquier otro contexto, generaría un escándalo ético insostenible.

Pero en el fútbol, no. En el fútbol, el telón baja rápido, el público cambia de tema y el balón vuelve a rodar. Porque mientras todos miran el partido, nadie pregunta qué se está jugando de verdad.

Parte 3 – El fútbol como lavado de cara (y de dinero)

El fútbol no solo genera beneficios económicos. También sirve para limpiar reputaciones, proyectar poder, ocultar atrocidades y legitimar a quienes, en otro contexto, serían vistos con recelo. Es una de las herramientas más eficaces de lo que hoy se conoce como **sportswashing**: el uso del deporte para lavar la imagen de personas, empresas, regímenes y estructuras de poder.

Propietarios con petróleo, chequera... y una reputación que mejorar

El fútbol moderno está lleno de clubes comprados por **oligarcas, jeques o fondos estatales**, no por amor al deporte, sino por la oportunidad de convertirse, casi de inmediato, en iconos públicos admirados internacionalmente.

El **Manchester City** es propiedad del **Abu Dhabi United Group**, fondo directamente vinculado a la familia real de Emiratos Árabes Unidos. A través del fútbol, proyectan al mundo una imagen de éxito, modernidad y cosmopolitismo, mientras en casa gobiernan con censura, represión política y leyes profundamente autoritarias. El club, por supuesto, lo gana todo. Y esa es la idea: que hablemos del juego, no del régimen.

Lo mismo ocurrió cuando el **Fondo de Inversión Pública de Arabia Saudí** compró el **Newcastle United**. Tras una lluvia de millones, estrellas y promesas de futuro, el foco mediático cambió de tema. Ya no se hablaba de ejecuciones públicas, represión de la disidencia o censura institucional. Ahora todo era ilusión, fichajes y "la pasión por la Premier".

En su momento, **Roman Abramóvich** fue el gran pionero. Oligarca ruso cercano a Vladimir Putin, adquirió el **Chelsea FC** en 2003. Durante años fue el millonario simpático que traía títulos a Stamford Bridge, mientras fortalecía vínculos estratégicos y lavaba su imagen empresarial. No fue hasta la invasión rusa a

Ucrania en 2022 que los focos apuntaron hacia él... y tuvo que vender el club por presión política.

Y esta tendencia no es solo internacional. Empresas de dudosa ética, fondos especulativos, casas de apuestas y marcas con historial de abusos laborales **se suben al carro del patrocinio** para comprar algo que el dinero normalmente no les da: respeto social, afecto colectivo, sentido de pertenencia.

Patrocinios con doble fondo

Poner tu logo en una camiseta no es solo publicidad. Es asociación emocional. Significa estar presente en los goles, en las celebraciones, en los recuerdos familiares. Es una estrategia tan antigua como efectiva: **si me ves junto a tu equipo, empezarás a verme con otros ojos.**

Por eso muchas empresas invierten en fútbol lo que jamás invertirían en responsabilidad social o transparencia fiscal. Porque la rentabilidad simbólica de asociarse a una pasión es inmediata y difícil de cuestionar.

El fútbol como plataforma política

Más allá de empresas y multimillonarios, **los gobiernos también entienden el valor del fútbol como herramienta de imagen y proyección de poder.**

Organizar torneos, inaugurar estadios, aparecer en celebraciones: todo eso genera réditos simbólicos.

Los eventos deportivos de élite permiten a los Estados **redecorar sus vitrinas públicas**. El Mundial de Rusia 2018 fue una campaña de relaciones públicas en HD para el Kremlin. El de Qatar 2022 mostró al mundo estadios ultramodernos y partidos espectaculares... mientras en su propio territorio las condiciones laborales y los derechos civiles eran tema tabú.

En estos escenarios, el fútbol no es solo entretenimiento: es **diplomacia emocional**, propaganda cultural y lubricante de relaciones internacionales.

El fútbol también blanquea dinero

A veces, el lavado no es solo simbólico. Es literal.

Los clubes pueden ser vehículos perfectos para **mover grandes sumas de dinero sin levantar sospechas**: traspasos inflados, comisiones sin justificar, derechos de imagen, sociedades instrumentales... Todo amparado por la complejidad legal del fútbol profesional y por una opacidad que se acepta

como parte del espectáculo. Y nadie hace demasiadas preguntas, porque los goles lo tapan todo.

Porque si compras una fábrica, te preguntan de dónde salió el dinero. Pero si compras un equipo... te dan una bufanda.

Parte 4 – Todos los negocios que no parecen negocios

A estas alturas del capítulo, ya no sorprende que el fútbol mueva miles de millones. Lo que sí debería sorprender es **cuánta gente gana dinero con él sin patear un balón ni sentarse en un palco**.

El fútbol es, ante todo, una **industria simbólica**: vende una emoción que no se fabrica, se canaliza. Pero esa emoción —la euforia, la rabia, la nostalgia, la épica— genera más valor que muchos sectores productivos tradicionales. Y donde hay emoción sostenida, hay negocio asegurado.

No hablamos ya de camisetas, entradas o derechos televisivos, sino de **una red de microeconomías periféricas** que viven del fútbol sin parecerlo:

El periodismo deportivo convertido en maquinaria de contenidos

Los medios no solo informan: **crean narrativas que mantienen viva la tensión entre jornadas**, independientemente de lo que ocurra en el campo. Lo que antes era una sección puntual, hoy es un ecosistema: tertulias, filtraciones interesadas, rumores inflados, encuestas irrelevantes, clickbait diario y un reciclaje infinito de declaraciones vacías.

Todo eso **no está diseñado para que sepas más de fútbol, sino para que nunca dejes de hablar de él**.

El marketing futbolístico como herramienta universal

Cada vez más marcas, instituciones e incluso ONGs usan el fútbol como **vehículo publicitario**. Desde campañas sociales hasta lavados de cara corporativos, el fútbol se ha convertido en una plataforma de comunicación masiva con retorno asegurado.

Y lo que es más importante: **es barato emocionalmente**. Asociarte al fútbol rara vez genera rechazo. Es una inversión segura.

El fútbol como adicción gamificada

La industria del videojuego y las apuestas deportivas ha sabido usar el fútbol como **anzuelo emocional**, con modelos económicos que rozan la explotación psicológica. Juegos como EA Sports FC (ex FIFA) introducen lógicas de azar, coleccionismo y recompensa inmediata que **replican mecánicas de adicción**. Lo mismo ocurre con las casas de apuestas, que disfrazan su estrategia con lenguaje deportivo y aparente "control".

Ambos sectores **se benefician del contexto futbolero para blanquear prácticas abusivas**.

El fútbol como espacio de influencia política e institucional

Mientras los clubes se gestionan como empresas, **los gobiernos y grandes corporaciones se infiltran en la esfera simbólica del fútbol para fortalecer su poder blando**. No es casual que presidentes acudan a vestuarios, ni que alcaldes corten cintas en estadios con recursos públicos. El fútbol es terreno fértil para **proyectar liderazgo, ganar simpatía y desviar el foco**.

Incluso universidades, fundaciones, bancos, aseguradoras y agencias de comunicación **se han especializado en ofrecer servicios ligados al ecosistema futbolístico**: gestión de imagen, estudios de mercado, organización de eventos, branding emocional... Todo gira.

Y el fan, sin saberlo, es engranaje

No como víctima —eso será tema del siguiente capítulo— sino como **parte del motor económico**. Cada discusión en redes, cada clic, cada vídeo compartido, cada opinión encendida... **genera tráfico, visibilidad y valor para terceros**. Y eso se traduce en contratos, campañas, posicionamiento... ingresos.

El fútbol no es solo una industria: **es un fenómeno multipolar donde convergen intereses económicos, mediáticos, políticos y culturales**. Y en ese entramado, hay mucha más gente ganando de la que aparece en las fotos de los campeones.

Por eso el fútbol nunca para. Porque para mucha gente —gente que jamás pisó un vestuario— **detener el espectáculo significaría cerrar el grifo de su negocio**.

Capítulo 3 – Los que pierden

Introducción

En los goles, en los himnos, en las celebraciones, parece que todos ganan. Pero el fútbol, como sistema, también deja víctimas. No se ven en los resúmenes. No salen en la entrega de premios. Pero están ahí, **bajo las luces del estadio, entre el humo de las bengalas y las risas de los comentaristas.**

Porque cada vez que alguien gana dinero, poder o prestigio con el fútbol, **alguien más pierde algo.** A veces es tiempo, otras es salud, paz mental, relaciones, dignidad, derechos laborales o incluso la vida.

Y no solo hablamos del hincha iluso que compra la camiseta cada año.

También hablamos de quienes trabajan en la industria sin protección, de quienes son marginados por no seguir el ritual, de las mujeres violentadas, de los niños usados como mercancía, de los jugadores descartados a los 13 años, de los aficionados que confunden pertenencia con violencia, de los países que se endeudan para construir estadios que no necesitan.

Porque el fútbol no solo es espectáculo. También es desgaste.

Y por cada persona que aparece en la portada como héroe, hay miles **que nunca estuvieron invitados al juego...** pero aún así **pagan la entrada.**

Este capítulo es para ellos. Para los que pierden. Aunque nadie los aplauda.

Parte 1 – El hincha que cree que gana

En la superficie, el hincha es el alma del fútbol. Se le celebra, se le graba cantando, se le llama "la afición", "el jugador número 12", "el corazón del equipo". Sin él, se dice, el fútbol no tendría sentido. Pero mientras se lo endiosa en los cánticos y las pancartas, **en la práctica es la pieza más manipulable y prescindible del sistema.**

El hincha lo da todo: tiempo, dinero, voz, energía, presencia, identidad. Va al estadio, paga plataformas, compra camisetas, discute con desconocidos en redes, programa su vida alrededor del calendario de su equipo. Y a cambio recibe... una emoción, una esperanza, una épica prestada. Y en muchos casos, **frustración continua.**

El fútbol moderno ha convertido al aficionado en **un consumidor emocional permanente.** Pero no de emociones sanas, sino de una montaña rusa que va del éxtasis al odio en cuestión de segundos. Gritar un gol es una descarga. Insultar al rival también. Sufrir por una derrota se considera lealtad. Despertar con ansiedad por un partido pendiente es normal.

Y lo peor: **cuanto más fuerte es la emoción, más rentable es para otros.**

El sistema necesita que el hincha crea que forma parte de algo, que su apoyo "suma", que su presencia es imprescindible. Pero lo cierto es que los grandes clubes, las instituciones y los patrocinadores **no escuchan al aficionado: lo usan**. Para vender productos, para generar tráfico, para construir comunidad digital, para justificar decisiones ya tomadas.

Y a pesar de todo, el hincha sigue. Cree que gana.

Porque su equipo le representa, porque es "de toda la vida", porque sus padres también lo eran, porque eso da identidad, pertenencia, conversación.

Pero la realidad es que **muchos pierden en silencio**.

Pierden dinero, comprando merchandising que cambia cada año.

Pierden tiempo, ocupando fines de semana con partidos que ni recuerdan.

Pierden salud mental, al vivir con ansiedad cada jornada o resultado.

Pierden relaciones, al anteponer la pasión a su equipo ante todo lo demás.

Pierden perspectiva, confundiendo valores personales con los de una institución que no los conoce ni los necesita.

Y algunos llegan a perder aún más: se ven arrastrados a la violencia verbal o física. Agreden a desconocidos por llevar otra camiseta. Deshumanizan al rival. Se convierten en hooligans emocionales que justifican todo por "amor al club".

No nacieron así. Nadie lo hace. Pero el sistema lo permite. Lo aplaude. Lo alimenta. Porque un hincha enfadado también genera clics. Y un hincha frustrado sigue enganchado. Y un hincha con la identidad fundida en unos colores es **incapaz de cuestionar el sistema que lo exprime**.

Así, muchos de los que creen que están ganando, en realidad **ya están perdiendo**. Y ni siquiera lo saben.

Parte 2 – Los descartados del sistema

Por cada niño que sueña con ser Messi, hay miles que acaban en silencio. No son los protagonistas de anuncios, no salen en portadas, no levantan trofeos. Son los **descartes**. Las piezas que no encajaron. Los que no llegaron "lo bastante lejos" para justificar su valor. Y sin embargo, **dieron todo lo que tenían**.

La industria del fútbol necesita renovar constantemente su cantera de talentos. Cada club, cada academia, cada ojeador busca "el próximo fenómeno".

Reclutan a niños desde los seis o siete años. Les prometen futuro. Les entrenan

como si ya fueran profesionales. Les aíslan. Les exigen. Les convierten en apuestas.

Pero el sistema **no está diseñado para formar personas. Está diseñado para producir jugadores.** Y como en cualquier cadena de montaje, la mayoría no pasa el corte.

En academias de élite, menos del 1% de los niños firmará un contrato profesional. El resto serán **descartados a los 12, a los 14, a los 17**, justo cuando ya han estructurado su identidad en torno a la idea de "ser futbolistas". ¿Y luego qué?

Muchos de ellos han dejado de estudiar en serio, han sacrificado amistades, familia, intereses. Su autoestima depende del balón. Su futuro también. Y cuando llega la carta de "no continúas en el club", **no tienen plan B.**

Nadie les prepara para el fracaso. Nadie les enseña qué hacer si no llegan. Nadie les devuelve los años invertidos.

Y algunos casos terminan de forma trágica.

Jeremy Wisten, por ejemplo, era un joven prometedor de la cantera del Manchester City. Fue liberado tras una lesión. Poco después, con solo 18 años, se quitó la vida. Su familia denunció la falta de apoyo psicológico tras su salida.

Josh Lyons, formado en el Tottenham, pasó años luchando contra la depresión tras ser descartado. Se suicidó en 2013.

Billy Kee, delantero profesional, tuvo que retirarse a los 29 años por ansiedad, depresión y bulimia, tras años de silencioso sufrimiento.

Brandon Williams, exjugador del Manchester United, ha relatado públicamente cómo llegó a aislarse, no poder levantarse de la cama y desconfiar incluso de los psicólogos del club.

Y según una encuesta realizada por ITV a futbolistas liberados en Inglaterra, **el 90% experimentó depresión o ansiedad** tras su salida, y la mayoría afirmó no haber recibido ningún apoyo real del club.

Estos no son casos aislados. Son la consecuencia directa de un modelo de formación que **explota el sueño y desecha al soñador.** Todo se enfoca en "llegar". Pero nadie explica qué pasa si no lo haces.

Y esto no ocurre solo en clubes grandes. En el fútbol base, en ligas regionales, en escuelas privadas, **el sistema alimenta el mismo ciclo:** motivación, presión,

abandono. Muchos acaban en la nada. Algunos caen en la depresión. Otros, incluso, en el suicidio.

Ni hablar de los jóvenes traídos de África, Asia o América Latina por ojeadores sin escrúpulos, que terminan **sin papeles, sin contrato, sin dinero ni redes de apoyo**. Algunos incluso acaban en redes de trata o en situaciones de semiesclavitud moderna. Porque el sistema los ve como activos, no como personas.

Incluso los que llegan a ser profesionales por un tiempo **no tienen garantizado un futuro**. El promedio de duración de una carrera en ligas menores es de 3 a 5 años. Después, con el cuerpo castigado y sin preparación para otra cosa, vuelven al mundo real como exfutbolistas sin currículum.

Detrás del espectáculo hay una trituradora silenciosa, constante, bien engrasada. Y en ella caen miles de jóvenes cada año. Sin cámaras. Sin contratos. Sin aplausos. **Solo silencio. Y olvido.**

Parte 3 – Las víctimas invisibles del sistema

El fútbol presume de ser pasión, hermandad, celebración... Pero basta mirar más de cerca para ver que también es **refugio de comportamientos inaceptables en cualquier otro ámbito**. En nombre del "sentimiento", se grita, se insulta, se odia. Y bajo la excusa de la euforia, **se justifican abusos, se ignoran delitos y se normaliza la exclusión**.

Entre las víctimas más invisibilizadas están **las mujeres**. A nivel institucional, mediático y social, el fútbol ha tolerado durante años comportamientos machistas por parte de jugadores, directivos, comentaristas y aficionados.

El caso de **Dani Alves**, condenado en 2024 por agresión sexual y posteriormente **puesto en libertad provisional tras pagar una fianza millonaria**, es solo uno de los más visibles (ahora mismo, cuando escribo esto, espero que no haya algo peor en el futuro). No faltaron quienes salieron a defenderlo: "fue un error", "ella también estaba en la discoteca", "no se puede arruinar la carrera de un jugador por eso".

No era la primera vez. Y tampoco será la última.

Pero no hace falta ser famoso para ejercer violencia futbolera.

Miles de mujeres sufren cada semana la otra cara del "sentimiento". **Maridos que revientan muebles o gritan insultos tras una derrota, que usan el fútbol**

como justificación para beber, evadirse o agredir, que descargan su frustración sobre quienes tienen cerca cuando "pierde el equipo".

Hay mujeres que **temen los domingos por la tarde**, no porque su equipo juegue mal, sino porque saben que **si el resultado no acompaña, en casa habrá gritos, silencio tenso o golpes**. Y nadie lo ve como violencia: es "porque está dolido".

Tampoco hay que mirar solo a adultos. **En los colegios, niños y niñas que no siguen el fútbol son marginados, ridiculizados o directamente apartados**. El fútbol, impuesto como ritual obligatorio, se convierte en una forma sutil pero poderosa de exclusión.

Para muchos chicos, **el fútbol no es diversión: es una prueba constante de masculinidad**. Si no lo juegas bien, si no gritas con rabia, si no sabes las alineaciones, eres "raro". Y si eres chica, directamente estás fuera del juego, o solo sirves como espectadora decorativa, por más que se intente "promover el fútbol femenino" en carteles institucionales. Al menos así era en mi época. No sé cómo habrá cambiado el patio del colegio, espero que mucho.

Y los estadios, lejos de ser espacios seguros, siguen siendo **zonas grises donde el machismo, la homofobia y el racismo conviven con total impunidad**. La grada canta al unísono, y entre la masa se diluye la responsabilidad. **Cánticos violentos, insultos racistas, burlas sexistas...** Y todo cubierto bajo la excusa de "ambiente caliente" o "parte del folklore".

Los hooligans —por mucho que ahora se intente presentarlos como anécdota del pasado— siguen existiendo, con otras formas. Redes ultras, grupos organizados, violencia estructurada... a veces protegida por los propios clubes o ignorada por las autoridades. En algunos países, incluso con vínculos políticos. En otros, como Italia o Argentina, **con verdadero poder territorial**.

¿Y los medios? Pocas veces profundizan. Rara vez denuncian. Normalmente, **lo trivializan**. Se habla de "polémicas", no de violencias. Se pone el foco en "el ambiente" y se evita señalar con claridad que hay comportamientos que, en cualquier otro contexto, **serían inaceptables e incluso delictivos**.

Y mientras tanto, el fútbol sigue vendiéndose como un espacio de unión.

Pero **un lugar que excluye, humilla, violenta o silencia a quienes no encajan en su molde dominante no es unión: es simulacro**.

Las víctimas no están solo en las noticias. Están en las gradas, en casa, en las aulas, en silencio. O calladas porque saben que **nadie las va a defender**.

Porque el sistema ha dejado claro, una y otra vez, **a quién protege.**

Parte 4 – Las comunidades y países sacrificados por el espectáculo

Cuando se habla del impacto del fútbol en los países, suele hacerse en clave positiva: promoción cultural, turismo, unidad nacional, visibilidad global. Pero muy pocas veces se habla del **coste real** que tiene organizar un Mundial, una Copa continental o mantener una "liga competitiva".

Y ese coste no lo pagan los clubes, ni los patrocinadores, ni los jeques.

Lo paga **la gente.**

Mundiales que empobrecen

En 2014, Brasil acogió la Copa Mundial de la FIFA con un coste superior a los **11.000 millones de dólares**, el evento más caro hasta ese momento. Para construir los estadios, se desplazó por la fuerza a miles de personas de favelas, se militarizó el entorno de los recintos, y **se desvió financiación pública de salud, vivienda y educación**. El país seguía en crisis económica, pero durante un mes, eso dejó de importar.

Lo mismo ocurrió en **Sudáfrica 2010**, donde se invirtieron cerca de **4.000 millones de dólares** en infraestructuras, mientras millones de sudafricanos seguían sin acceso básico a agua potable, electricidad o sanidad. Se construyeron estadios como el de Ciudad del Cabo en zonas donde **ni siquiera había equipos profesionales para utilizarlos después.**

¿Y después del evento? La mayoría de esos estadios **quedan vacíos, abandonados o mal mantenidos**, convirtiéndose en monumentos al despilfarro.

Qatar: el precio en vidas humanas

El caso más brutal fue **Qatar 2022**, un Mundial construido literalmente con vidas humanas. Según un informe del *The Guardian*, más de **6.500 trabajadores migrantes murieron** durante la construcción de las infraestructuras necesarias para el torneo.

Eran hombres venidos de India, Nepal, Bangladesh o Pakistán, muchos de ellos **atrapados en condiciones de semiesclavitud** bajo el sistema kafala. Jornadas agotadoras, calor extremo, salarios impagos, falta de derechos básicos.

La FIFA, mientras tanto, **evitó responsabilidades** y celebró el torneo como un "éxito de integración cultural".

Estadios vacíos, escuelas rotas

Más allá de los grandes eventos, muchos gobiernos destinan **fondos públicos millonarios a construir o reformar estadios**, incluso cuando el país enfrenta recortes en sanidad, educación o transporte. Se habla de "dinamizar la ciudad", de "modernizar el deporte", pero rara vez se consulta a la ciudadanía si **prefiere un nuevo estadio o un hospital que funcione**.

Incluso en países europeos, se han aprobado rescates financieros a clubes en crisis, **usando dinero de todos para salvar la pasión de unos pocos**. Y eso se normaliza, se celebra, se vota. Porque "es el fútbol".

El fútbol como cortina de humo

Y cuando las cosas van mal —cuando suben los precios, cuando hay protestas, cuando se filtra un escándalo político— el fútbol sirve como **cortina de humo perfecta**. Basta una semifinal, un clásico, un nuevo fichaje, y **la agenda cambia, el debate se apaga, el país sonríe una semana más**.

Es la versión moderna del "pan y circo".

El fútbol no tiene por qué destruir, excluir ni explotar. Pero mientras siga organizado así, mientras siga beneficiando siempre a los mismos, **seguiremos perdiendo los de siempre**.

Capítulo 4 – Los que callan

Introducción

En el fútbol, hay quienes ganan y quienes pierden. Pero también están los que **no dicen nada**. Los que ven, entienden, sospechan... y **se callan**.

Y no me refiero a quienes simplemente no opinan porque no les interesa. Me refiero a los que **saben que algo huele mal**, que algo no encaja, que algo debería incomodar...

Pero prefieren no mojarse. Porque señalar lo evidente es ponerse en contra de todos. Porque decir "*esto está mal*" en medio del éxtasis colectivo es una provocación. Porque atreverse a pensar en voz alta puede costarte amigos, trabajo o simplemente el derecho a que te dejen en paz.

Por eso muchos periodistas deportivos **evitan tocar ciertos temas**. Porque saben que el fútbol tiene dueños. Por eso muchos políticos **aplauden desde el palco**, aunque por dentro rechinen. Por eso muchos aficionados **minimizan lo que ven**, no porque no les duela, sino porque **les duele más quedar fuera del grupo**.

Este capítulo es para todos ellos. No para culparlos. No para lincharlos. Sino para **invitarles a mirar su silencio a la cara**.

Porque mientras algunos gritan, otros pegan, otros ganan, y otros pierden, hay una masa enorme que **con su silencio sostiene el escenario**.

Parte 1 – La ley del silencio

En el fútbol no hace falta censura cuando hay autoconservación. No hace falta mordaza cuando sabes que abrir la boca puede costarte caro. Existe una ley no escrita en el ecosistema futbolero: **no cuestiones lo que a todos les emociona**.

Puedes quejarte del árbitro, del VAR, de una tarjeta injusta. Puedes indignarte por el fichaje de un delantero cojo. Pero **no critiques el sistema. No toques lo sagrado**.

Y si lo haces, prepárate.

Pregúntale a periodistas que han intentado levantar la alfombra y han acabado **apartados, tachados de “tóxicos”, enviados a cubrir partidos de tercera o simplemente despedidos (o peor)**. No por mentir, sino por decir lo que nadie quiere oír. El fútbol es una maquinaria de entretenimiento millonaria. Y como toda maquinaria, **no le gustan los engranajes que hacen ruido**.

En enero de 2019, Ahmed Hussein-Suale, periodista ghanés que colaboró en la investigación sobre corrupción en el fútbol africano liderada por Anas Aremeyaw Anas, fue asesinado a tiros en Accra. Su trabajo contribuyó a la dimisión del presidente de la Asociación de Fútbol de Ghana y a sanciones contra varios árbitros y oficiales en diferentes países.

En agosto de 2015, Rasim Aliyev, periodista y activista de derechos humanos, fue brutalmente golpeado y posteriormente falleció debido a sus heridas. Aliyev había criticado públicamente el comportamiento de un futbolista del equipo Gabala FK, lo que desencadenó amenazas y, finalmente, su asesinato.

En julio de 2012, Valério Luiz de Oliveira, veterano periodista deportivo brasileño, fue asesinado a tiros frente a la emisora de radio donde trabajaba en

Goiânia. Era conocido por sus críticas contundentes hacia la gestión de equipos de fútbol locales, lo que se cree que motivó su asesinato.

Paul Kamara, editor del periódico "For Di People", fue encarcelado en 2004 tras publicar artículos críticos sobre la gestión de la Asociación de Fútbol de Sierra Leona y acusar al presidente del país de corrupción. Fue condenado por difamación sediciosa y pasó más de un año en prisión.

Andrew Jennings fue un periodista de investigación británico conocido por destapar casos de corrupción en la FIFA y el Comité Olímpico Internacional. A lo largo de su carrera, enfrentó múltiples desafíos, incluyendo amenazas legales y presiones significativas debido a sus revelaciones sobre corrupción en el deporte.

En 2016, el periódico británico *The Daily Telegraph* llevó a cabo una investigación encubierta que reveló prácticas corruptas en el fútbol inglés, incluyendo negociaciones para eludir regulaciones de la Asociación de Fútbol (FA). Aunque la investigación condujo a la renuncia del seleccionador nacional Sam Allardyce, el periódico enfrentó críticas y desafíos legales relacionados con la precisión y metodología de su reportaje.

La periodista polaca Ewa Ivanova investigó y reportó sobre asignaciones financieras injustificadas para fiscales de alto rango. Como resultado, recibió amenazas de demandas por difamación, lo que puso en peligro su estabilidad financiera y profesional.

En octubre de 2024, la periodista de investigación Sanja Vasković fue citada por la policía tras una denuncia por difamación presentada por un empresario sobre el que había informado en relación con corrupción. Este caso refleja cómo las leyes de difamación pueden ser utilizadas para intimidar a periodistas que investigan temas sensibles.

A nivel institucional pasa lo mismo.

Hay directivos, políticos, médicos de club o incluso entrenadores que **conocen irregularidades, abusos o corrupciones**, pero callan. No quieren ser "el aguafiestas", "el que mancha la imagen del club", "el que se lo toma demasiado en serio".

¿Y qué pasa con los jugadores?

Muchos han vivido situaciones de acoso, presión psicológica, maltrato físico o chantajes contractuales. Pero ¿cuántos hablan mientras están en activo? **Muy pocos**. Porque saben que, en cuanto lo hagan, serán etiquetados como

conflictivos, poco profesionales, mal agradecidos. Y eso en un mundo donde la carrera puede acabarse con una simple etiqueta... **es una sentencia.**

El miedo a hablar no es infundado. Es aprendido. Se ve en los pasillos, en las gradas, en los medios.

Y también **en las redes sociales**, donde cualquier comentario crítico puede desatar una avalancha de odio, amenazas o ridiculización por parte de masas que defienden al club, al jugador o al sistema como si fueran parte de su familia.

Esto crea un clima donde **el silencio se vuelve virtud.**

No opinas por prudencia. No te posicionas para no meterte en líos. No dices nada... porque ya has visto lo que le pasa al que se atreve.

Así, el fútbol crea su propio ecosistema de consenso forzado. No necesita reprimir. Solo necesita que **tú mismo te controles.** Y lo consigue. Porque sabe que, **en este juego, callar es la mejor forma de seguir perteneciendo.**

Parte 2 – Los cómplices por omisión

No hace falta pegar, robar o manipular para ser parte del problema. A veces basta con **no decir nada cuando todo ocurre delante de ti.**

La mayoría de quienes forman parte del mundo del fútbol —desde aficionados hasta profesionales— no son villanos. Pero muchos sí son **cómplices pasivos** de lo que denuncian en voz baja y toleran en voz alta.

¿Escuchas un cántico racista en la grada y no haces nada? ¿Ves cómo tu amigo insulta a una árbitra o jugadora por ser mujeres y solo te ríes? ¿Sabes que un jugador tiene denuncias por violencia de género pero sigues comprando su camiseta porque “separa lo personal de lo profesional”?

Bienvenido. Eres parte de los que callan. Y sin ti, **esto no funcionaría tan bien.** No hace falta estar en un palco para perpetuar el sistema. Basta con **no estorbar.**

Y así, cada vez que alguien ignora una noticia incómoda, cada vez que un programa de radio evita hablar de corrupción porque “no toca ahora”, cada vez que un tertuliano decide reírse de una denuncia por acoso porque “estamos hablando de fútbol, hombre”, **se refuerza el muro que protege al sistema de cualquier revisión moral.**

Ese muro no lo construyen solo los poderosos. Lo construyen **los indiferentes**. Es fácil criticar a la FIFA, a los jeques, a los presidentes de clubes mafiosos. Lo difícil es mirarse al espejo y preguntarse: **¿Cuántas veces has preferido no mirar?**

Porque cada vez que alguien dice *"bueno, a mí eso no me afecta"*, cada vez que alguien responde *"yo solo quiero ver el partido"*, cada vez que alguien justifica una barbaridad con *"no mezclamos política y fútbol"*, está participando.

No como verdugo. Pero sí como **barrera de contención contra el cambio**. Es como estar en un edificio que se cae a pedazos, ver los daños, oírlos, pisarlos... y aún así decir: *"Mientras no me caiga encima, no es mi problema."*

Pues lo es. Y tarde o temprano, **también se te caerá encima**.

No digo que dejes de ver el mundial, de ser del Barça, de ver partidos... pero sí se podría abrir el camino al cambio en vez de permanecer en esta postura.

Parte 3 – El precio de hablar

Romper el silencio tiene un coste.

Y no siempre es un coste legal o económico. A menudo es **social, emocional, profesional, relacional**.

Porque hablar, en el mundo del fútbol, no es solo dar una opinión: es **romper una ficción colectiva**. Y eso se paga.

A lo largo de los años, muchos jugadores, periodistas, exdirectivos o trabajadores del deporte han intentado denunciar lo que pasa entre bastidores: racismo, corrupción, acoso, manipulación mediática, explotación laboral. Algunos fueron aplaudidos unos días... y olvidados el resto del año. Otros, directamente, **fueron castigados**.

- El periodista que decide hablar de la presión de las casas de apuestas sobre los medios... y ya no vuelve a presentar el programa.
- El exfutbolista que cuenta su experiencia con depresión... y empieza a recibir mensajes de "maricón" y "blandito" por redes.
- La jugadora que denuncia abuso verbal o sexual en su club... y acaba siendo tratada como una traidora, como una que "ensucia el fútbol femenino justo cuando estaba creciendo".

- El aficionado que escribe un hilo criticando el lavado de cara de un jeque en su club... y acaba expulsado del foro de su peña, bloqueado por medios, acosado por hinchas que no quieren que se “hable mal del club”.

Porque en este mundo, **el problema nunca es lo que pasa**. El problema es **que alguien lo diga**. Y entonces, el que habla se convierte en el enemigo.

No importa lo que denuncie. Importa que **rompió el hechizo**. El fútbol necesita pasión. Necesita épica. Necesita ilusión. Y quien la rompe, aunque lo haga con datos, razones o dolor, **se convierte en el que estropea la fiesta**.

Por eso tantos callan. Por eso tantos lo piensan, pero no lo dicen. Por eso incluso tú, que estás leyendo esto, **puede que lo estés compartiendo en silencio, con la pestaña del navegador en incógnito**.

Y no pasa nada. No es una acusación. Es una constatación: hablar cuesta. Y el precio no siempre lo paga quien debería.

Parte 4 – ¿Y si todos habláramos?

La fuerza del sistema no está solo en los que mandan. Está en que **la mayoría ha aprendido a callar**. A disimular lo que piensa. A evitar conflictos. A adaptarse para encajar.

Pero ¿qué pasaría si eso cambiara? ¿Qué pasaría si el periodista dejara de maquillar titulares?

Si el hincha de toda la vida dijera en voz alta que algo huele mal. Si la madre que acompaña a su hijo al estadio dijera “esto no es un sitio seguro para él”. Si el profesor que ve bullying por no gustar el fútbol dejara de mirar hacia otro lado. Si el jugador joven dijera: “yo no quiero ser parte de esto, quiero otra cosa”.

¿Qué pasaría si, de pronto, **hablar dejara de ser una rareza** y pasara a ser **una forma de honestidad colectiva**?

No cambiaría el sistema de un día para otro. Pero algo empezaría a moverse. Porque cuando se rompe el silencio, aunque sea un susurro, **el hechizo empieza a resquebrajarse**.

Pero **no basta con hablar. También hay que actuar**. No con pancartas ni con violencia. Con pequeños gestos. **Con elecciones conscientes**.

- No darle clic a noticias vacías que solo alimentan el sensacionalismo.
- No compartir “salseos” que fabrican ídolos artificiales.

- No comprar camisetas de clubes que encubren abusos.
- No seguir redes de jugadores que solo venden marcas, no ideas.
- No votar a políticos que **usan el fútbol como cortina de humo**.
- No gastar dinero en eventos diseñados para distraerte, no para unir.

Y, sobre todo, **no sentirte obligado a participar de algo solo porque todos lo hacen**. Ni dejar de disfrutar del juego si realmente lo disfrutas, **pero sin pagar peajes morales por ello**.

Porque sí, puedes seguir viendo partidos, puedes emocionarte con una jugada, puedes celebrar un gol.... Pero también puedes **negarte a financiar el abuso, la corrupción, la impunidad**.

Y si algún día decides decir en voz alta lo que piensas... o simplemente decides actuar en silencio, sin darles ni tu atención ni tu dinero... que sepas esto: **no estás solo**.

Somos más de los que parece. Solo que a veces estamos callados... **esperando a que alguien actúe primero**.

Capítulo 5 – Si dejáramos de jugar su juego

Introducción

Hay algo que el sistema futbolístico teme más que la crítica. Más que los escándalos, más que las denuncias, más que los escritos como este.

Le aterra que dejemos de jugar su juego.

Porque el poder que tiene **no es solo por lo que genera, sino por lo que le damos**. Le damos atención, dinero, tiempo, validación, y sobre todo... **nuestro silencio**. Y mientras lo hagamos, seguirá girando. Aunque sepamos que algo está roto.

Pero... ¿y si no lo hiciéramos? ¿Y si dejáramos de actuar como si nada? ¿Y si dejáramos de consumir lo que sabemos que es humo? ¿Y si dejáramos de perdonar al ídolo porque marca goles? ¿Y si dejáramos de votar a los que usan el fútbol como bastón electoral? ¿Y si dijéramos: "Hasta aquí. Puedes seguir jugando... pero no conmigo"?

Este capítulo es un ejercicio de imaginación. De resistencia suave. De sabotaje cotidiano. De rebeldía útil. No pide que dejes de ver fútbol. Pide que **lo veas con los ojos abiertos**.

Y si algún día decides **no aplaudir lo que te incomoda, no comprar lo que no necesitas, no mirar hacia otro lado...** verás que **no estás solo**.

Solo que hasta ahora **todos estábamos callando... por costumbre**.

Pero si dejamos de jugar su juego, quizás el fútbol **vuelva a ser solo eso: un juego**.

Parte 1 – Si dejamos de consumir humo, tendrán que ofrecer algo real

El fútbol moderno no solo vive de goles. Vive de titulares, de clics, de ruido constante. Pero no es ruido gratuito: **es un ruido rentable**. Y como todo lo que da dinero, se fabrica aunque no haya nada.

Rumores de fichajes sin fuentes, comparaciones absurdas entre jugadores, "debates" que no son debates, sino gritos con camiseta, portadas que anuncian "bombazos" que no existen, historias inventadas, filtraciones de vestuario sin confirmar, supuestos "entornos cercanos" que nunca dan la cara... Y lo peor: **funciona**.

Funciona porque haces clic. Porque comentas. Porque compartes. Porque discutes. No porque te importe, sino porque **te entrenaron para reaccionar**. La prensa deportiva se ha convertido en una especie de *telebasura premium* con balón.

Y no por incompetencia. Sino porque **el modelo de negocio premia la atención, no la información**.

Y así, los medios que podrían investigar corrupción, maltrato, dopaje, presiones institucionales, amañeos de partidos... prefieren publicar un titular como:

“Mbappé se deja ver en un restaurante italiano... ¿guiño a la Juventus?”

Si dejáramos de entrar en esas noticias, si dejáramos de hacer retuits de memes de tertulias falsas, si dejáramos de comentar todo como si fuera importante, **tendrían que ofrecernos otra cosa**.

Porque lo que se deja de consumir, **muere**. Y si el humo muere, **quizá vuelva el aire limpio**.

El periodismo. El análisis real. La información que importa... Imagínate un medio deportivo que solo publique cosas con fuentes fiables. Imagínate que cada vez que un periodista diga "me lo ha dicho alguien cercano al club", tenga que demostrarlo o rectificarlo.

Imagínate que un programa deje de existir porque **nadie quiere escuchar a cinco adultos peleándose por quién tiene más Champions**.

No hace falta una revolución. Solo **cerrar la pestaña**.

Y si lo hiciéramos todos... **el humo dejaría de valer más que el balón**.

Parte 2 – Si dejamos de comprar camisetas, perderían poder simbólico

Una camiseta es, en teoría, un símbolo: de identidad, de pasión, de pertenencia.

Pero en la práctica, se ha convertido en **un producto que caduca cada temporada**, diseñado no para durar, sino para renovarse, venderse, multiplicarse.

No importa que no cambie el escudo. No importa que solo le hayan girado las rayas. No importa que el diseño sea feo o reciclado. Da igual. Cada año hay una nueva. Y **cada año alguien la compra**.

Y si no la compras, pareces menos fan. Porque el club lo insinúa, el entorno lo empuja, y **el marketing te lo clava en el pecho**. Las camisetas ya no representan a los equipos. Representan **el poder que tienen sobre ti**.

Y mientras tú te gastas 90 o 120 euros por prenda, ellos firman contratos de cientos de millones con marcas que fabrican en talleres donde **ni siquiera se cobra eso en un mes**.

Las camisetas se fabrican con materiales baratos en países pobres, con condiciones laborales pésimas, y luego se venden a precio de lujo en tiendas llenas de humo y pantallas.

Pero como llevan tu escudo, te parece justo. **Como si una bandera pudiera justificar cualquier precio**.

Lo peor no es el dinero. Lo peor es lo que representa: Que has aprendido a **demostrar tu fidelidad pasando por caja**. Y que si no lo haces, pareces menos

hincha. Menos parte. Menos tribu.

¿Y si no fuera así? ¿Y si dejaras de comprar la nueva porque la de hace dos años sigue sirviendo? ¿Y si decidieras no financiar a un club que encubre delitos solo porque tiene la camiseta más bonita? ¿Y si fueras al estadio con una camiseta sin logo, y aún así te sintieras más libre que nunca?

No se trata de dejar de vestir fútbol. Se trata de **no seguir vistiéndolo cuando el precio no es solo económico.**

Porque cuando compras una camiseta de un club corrupto, no solo pagas por tela. Pagas por silencio. Pagas por perdón. Pagas por no preguntar nada. Y si dejáramos de comprar sin pensar, **quizá empezarían a vender sin abusar.**

Parte 3 – Si dejamos de idolatrar a jugadores, dejarán de ser intocables

Todo el mundo sabe que los futbolistas son humanos. Pero a la mínima que marcas un gol en el 93', **dejas de serlo.** Te conviertes en leyenda, en mito, en superhéroe moderno. Y a partir de ahí, **todo se relativiza.**

Has insultado a una mujer en directo: "bueno, estaba frustrado."

Has evadido impuestos: "todos lo hacen, qué listos sus abogados."

Has agredido a tu pareja: "no hay que mezclar lo personal con lo deportivo."

Has violado a una chica en un baño: "ella sabía dónde se metía."

Cuando eres estrella, **la ética se vuelve opinable.** Y si juegas bien, todo se perdona. Porque no eres una persona. Eres *el que nos dio la alegría, el que nos hizo vibrar, el que puso a nuestro país en el mapa.* Y por eso puedes saltarte la cola de los juicios. O puedes tener la fianza que nadie más podría pagar. O puedes recibir más apoyo mediático tú como acusado... que tu víctima como denunciante.

Todo esto pasa porque **hemos confundido talento con inmunidad.** Y porque **hemos aceptado la lógica del ídolo sin condiciones.**

Pero los ídolos no se caen solos. Se sostienen con camisetas vendidas, con trending topics, con defensores ciegos en redes sociales. **Y sobre todo, con el miedo colectivo a reconocer que nos han decepcionado.**

¿Y si dejáramos de idolatrar? ¿Y si reconocieras que alguien puede ser buen jugador... y a la vez una mala persona? ¿Y si dijeras "sí, ese gol fue increíble, pero no pienso aplaudirle nada más"? ¿Y si empezaras a tratar a los futbolistas

como lo que son: trabajadores de élite con responsabilidades públicas? ¿Y si dejáramos de hablar de "leyendas" y empezáramos a hablar de ejemplos? ¿Y si a uno lo silban por errar un penalti, pero **también por humillar a una víctima o por despreciar la ley?**

No se trata de ir por la vida buscando a quién cancelar. Se trata de **dejar de perdonar automáticamente dependiendo del status social de la persona.**

Porque si el talento no borra la violencia, **entonces los intocables empiezan a temer ser tocados.**

Parte 4 – Si dejamos de cerrar conversaciones con "el fútbol es así", se abriría el debate.

Hay una frase que actúa como cortina de humo moral en cualquier charla sobre fútbol:

"El fútbol es así."

Se usa cuando hay violencia en las gradas. Cuando un futbolista famoso insulta a una periodista. Cuando un árbitro recibe amenazas de muerte. Cuando un club protege a un agresor. Cuando se ficha a un jugador investigado por violación. Cuando no se suspende un partido por actos racistas. Cuando una afición abuchea a una víctima y vitorea al culpable.

El fútbol es así. Como quien dice: "no lo pienses demasiado, no lo toques, no lo nombres." Es una frase que no explica, no argumenta, no analiza. Solo **cierra la conversación.** Y lo hace con la autoridad de lo obvio, como si fuera una ley de la física o un fenómeno meteorológico: no se discute la lluvia, no se discute el fútbol.

Pero ¿y si sí? ¿Y si empezáramos a responder "¿y por qué?" cada vez que alguien diga que el fútbol "es así"? ¿Por qué es así? ¿Quién lo decidió? ¿Desde cuándo? ¿Y quién gana con que siga siéndolo?

Esa frase no es solo resignación. Es una herramienta de mantenimiento ideológico. Porque mientras digamos que el fútbol "es así", **no podremos imaginar cómo podría ser distinto.** Se naturaliza la toxicidad, la impunidad, la desigualdad, el abuso, la presión... Y como lo hace una masa de gente emocionada, entonces parece menos grave.

Pero si dejas de cerrar la conversación, empieza a abrirse algo más: **el pensamiento crítico.** Y con él, el debate. Y con el debate, la incomodidad. Y con la incomodidad, el cambio. No para destruir el fútbol. Sino para hacerlo

menos cínico, menos dañino, más humano. Porque si el fútbol es tan grande como dicen, entonces **no debería temer a las preguntas.**

Parte 5 – Si dejamos de mirar hacia otro lado, la fiesta sería más justa.

La mayoría de las personas que disfrutan del fútbol no son malintencionadas ni cínicas. No se levantan por la mañana pensando en sostener un sistema injusto. Pero muchas veces, sin querer, lo hacen. Lo hacen cuando ignoran una noticia incómoda, cuando repiten una frase aprendida para quitarle peso a un hecho grave, cuando eligen no informarse o no hablar del tema para no estropear la conversación. Y lo hacen, sobre todo, cuando **eligen mirar hacia otro lado** cada vez que el fútbol se utiliza como tapadera, como distracción o como cortina de humo.

El fútbol, como espectáculo global, es uno de los mejores vehículos de manipulación emocional jamás diseñados. Tiene todo lo que necesita para nublar el pensamiento crítico: emoción inmediata, pertenencia tribal, ritmo narrativo, ídolos carismáticos, triunfos que parecen propios. Y precisamente por eso, cuando ocurre algo grave —corrupción política, represión, explotación laboral, escándalos financieros, violaciones de derechos humanos— el fútbol se convierte en el escenario ideal para desviar la atención. No es casualidad que gobiernos autoritarios inviertan millones en traer competiciones internacionales a su territorio, ni que regímenes represivos busquen comprar clubes europeos para blanquear su imagen ante el mundo. Tampoco es casualidad que los partidos se programen estratégicamente para coincidir con fechas de crisis, huelgas o procesos electorales. **Porque el fútbol, cuando se instrumentaliza, funciona. Y funciona muy bien.**

La mayoría de los aficionados no aprueban directamente estas cosas. Simplemente no las ven. O si las ven, prefieren no pensar en ellas demasiado. Porque el Mundial está en marcha, porque su equipo juega hoy, porque ya tienen la camiseta comprada, porque “no es momento de ponerse moralista”. Pero esa evasión, repetida a escala global, **es justo lo que necesitan quienes manejan el sistema para que nada cambie.** Un estadio lleno y feliz es un escenario perfecto para firmar acuerdos oscuros sin que nadie se dé cuenta. Un país volcado en una final no va a preocuparse por qué leyes se aprueban esa semana. Un escudo, cuando se convierte en una religión, puede tapar cualquier herida.

La fiesta no es el problema. El problema es lo que estamos dispuestos a **tolerar para no estropearla**. Y mientras sigamos justificando todo en nombre de la pasión, seguiremos dando vía libre a quienes se aprovechan de ella. Lo que se necesita no es apagar la emoción, sino **dejar de usarla como excusa**. Porque solo cuando uno mira de frente lo que ocurre —sin cerrar los ojos, sin callarse, sin justificarse— empieza a haber espacio para una fiesta que no dependa del silencio de nadie.

Parte 6 – Si el fútbol deja de ser un dogma, volvería a ser un juego.

Una de las trampas más eficaces del fútbol moderno no es solo lo que muestra, sino lo que oculta. Bajo la apariencia de deporte, espectáculo y entretenimiento se esconde un entramado cultural que ha elevado al fútbol a la categoría de dogma. No se vive como una afición, sino como una fe. No se discute como un pasatiempo, sino como si fuera un asunto de Estado. Cuestionarlo, ya no digamos rechazarlo, suele provocar reacciones más viscerales que racionales. Y no porque falten argumentos, sino porque se ha instalado la idea de que “esto es así”, “esto no se toca” y “esto no se discute”. Esa es la lógica del dogma: funciona mejor cuanto menos se piensa.

Como todo dogma, el fútbol actual no se sostiene únicamente por lo que ofrece, sino por lo que **impide pensar fuera de sus límites**. El lenguaje que lo rodea está lleno de absolutos: “esto es pasión”, “esto une a la gente”, “esto es lo que somos”. Y aunque a menudo se reconozcan sus excesos, sus sombras y sus abusos, todo se relativiza con una frase final que cierra cualquier intento de reforma: “pero es fútbol”. Como si esa etiqueta tuviera el poder de neutralizar toda reflexión crítica. Como si el hecho de ser fútbol justificara automáticamente que todo se mantenga tal como está.

Pero ¿y si no fuera así? ¿Y si dejáramos de tratarlo como algo sagrado? No se trata de destruirlo, ni de dejar de disfrutarlo, ni de prohibir nada. Se trata, simplemente, de bajarlo del pedestal. De permitirnos mirarlo como miraríamos cualquier otro fenómeno cultural: con distancia, con criterio, con voluntad de mejora. Porque si el fútbol dejara de ser un dogma, sería mucho más fácil hablar de lo que falla sin ser tildado de aguafiestas, resentido o elitista. Sería posible reconocer la corrupción sin que eso signifique “odiar al fútbol”. Sería legítimo denunciar la violencia, el racismo o el machismo sin que alguien salte con que “eso también pasa en otros ámbitos”. Y sería más honesto reconocer

que, aunque un gol en el último minuto pueda ser emocionante, eso no borra lo que ocurre fuera del campo.

Despojar al fútbol de su aura sagrada permitiría que volviera a ser lo que alguna vez fue: un juego. Un juego con reglas claras, con límites éticos, con consecuencias proporcionales. Un juego que emociona, sí, pero que no se convierte en excusa para todo. Un juego que pueda disfrutarse sin necesidad de sacrificar valores, sin comprar discursos, sin mirar hacia otro lado. Un juego al que se pueda entrar y salir sin que eso defina tu identidad ni tu pertenencia al grupo. Un juego que no necesite ser defendido cada vez que se le exige rendir cuentas.

Cuando el fútbol deje de ser un dogma, quizá vuelva a ser un terreno donde podamos estar sin miedo a pensar. Donde se pueda aplaudir un buen pase y, al mismo tiempo, criticar lo que ocurre en los despachos. Donde no haya que elegir entre la emoción y la conciencia. Donde se pueda disfrutar, sin necesidad de obedecer.

Porque un juego que necesita protegerse como una religión no es juego. Es estructura de poder. Y quizá, el primer paso para cambiar eso, sea **dejar de jugar como si no hubiera alternativa**.

Capítulo 6 – La ingeniería emocional

Parte 1 – La emoción como pegamento

El fútbol no se entiende sin emoción. Lo que lo convierte en un fenómeno de masas no es la estrategia táctica, ni la técnica depurada, ni siquiera el espectáculo. Es la carga emocional que lo envuelve todo: la ilusión, el orgullo, la euforia, el sufrimiento, el grito compartido.

Y no hay nada de malo en emocionarse. Pero cuando esas emociones no solo se celebran, sino que se **cultivan, se manipulan y se mercantilizan**, algo cambia.

En el fondo, el fútbol funciona como una **máquina emocional colectiva**. Cada partido es una ceremonia diseñada para generar picos emocionales: ansiedad previa, tensión creciente, catarsis final. Goles que te hacen saltar, penaltis que te arruinan el día, remontadas que parecen milagros... Todo está medido. Incluso las pausas están hechas para insertar anuncios. Incluso las narraciones están diseñadas para que el relato sea más importante que el resultado.

La emoción ya no es un efecto secundario del juego. Es el producto principal. Y como todo producto, se trabaja con ingeniería de detalle. Las marcas lo saben, los medios lo explotan, los clubes lo cultivan. Porque una emoción bien colocada vende más que una táctica bien explicada.

No es casual que muchos hinchas digan “el fútbol me hizo llorar” con orgullo, como si llorar por un partido fuera más legítimo que llorar por una decepción personal. No es casual que los vídeos más virales no sean goles, sino reacciones emocionales: el niño que rompe a llorar, la abuela que grita con el gol en el minuto 90, el aficionado que se desmaya de la emoción.

Eso se graba, se comparte, se monetiza. Y se aprende.

Porque al final, todos queremos sentir algo. Y el fútbol nos lo da... empaquetado, repetible, adictivo. Como una droga emocional que no necesita receta. Ni cuestionamiento.

Parte 2 – El secuestro emocional: cuando el fútbol te dice qué sentir y cuándo

Si la emoción es el ingrediente secreto del fútbol, el problema no está en sentir, sino en **cuándo, cómo y por qué se nos enseña a sentir ciertas cosas**. Porque a base de repetir los mismos rituales cada semana, acabamos aceptando como naturales emociones que, en realidad, son inducidas. Y cuanto más se repiten, más nos convencemos de que son nuestras.

Un gol en el último minuto no es solo un punto más: es un clímax perfectamente orquestado. Una eliminación en octavos no es solo una derrota deportiva: es una tragedia nacional. Un fichaje millonario no es una transacción: es una epopeya de redención, traición o gloria. Cada emoción tiene su lugar, su música de fondo, su hashtag, su secuencia de memes. Y cada momento que genera emoción **tiene un valor de mercado**.

El fútbol moderno ha conseguido algo impresionante: **convertir emociones humanas reales en combustible para narrativas diseñadas**. Nos reímos, lloramos, nos enfadamos, nos ilusionamos... pero siempre dentro de un marco determinado. El marco que nos han dado.

Por ejemplo, la tristeza es válida si tu equipo pierde. Pero no si te molesta que se encubra a un jugador agresor. La alegría es bienvenida si es por un gol, pero incómoda si es porque decides desconectar y ganar un domingo de

tranquilidad. La rabia está permitida contra el árbitro o el rival, pero mal vista si se dirige hacia la directiva, los patrocinadores o los medios que manipulan.

El fútbol te da permiso para sentir... siempre que sea **dentro de los límites del espectáculo**.

Y así, incluso nuestras emociones se convierten en **reacciones predecibles**.

Cuando la narrativa se cae, cuando hay escándalo, cuando hay dudas, el sistema sabe que bastará con un buen partido, una victoria agónica, una imagen épica, para que el público lo olvide todo y vuelva a emocionarse como si nada. Porque **la emoción tapa el pensamiento**, y lo saben. Por eso lo cultivan.

El mayor éxito del fútbol moderno no es haber enamorado al mundo. Es haberle enseñado **cómo quiere que ese amor se sienta**.

Y si no te emocionas como los demás, o si lo haces por otras razones, se te acusa de no entender nada. De no tener alma, de no ser parte, de no sentir "como se debe".

Pero no hay nada más íntimo que una emoción. Y nada más perverso que imponer cómo debe vivirse.

Parte 3 – Las emociones prestadas

Hay quien dice que el fútbol nos conecta con lo más profundo del ser humano. Que nos permite gritar sin culpa, llorar sin vergüenza, abrazar a desconocidos sin explicaciones. Que nos devuelve una emocionalidad que la vida diaria nos arrebató. Y en parte es cierto. Pero también es cierto que muchas de esas emociones no surgen del fútbol, sino que **se depositan en él porque no tienen otro sitio donde ir**.

Cuando una persona no encuentra sentido a su rutina, no encuentra vínculos sólidos, no se siente reconocida o comprendida... el fútbol aparece como un canal ya preparado para sentir algo fuerte y compartido. No hay que construir nada. Basta con ponerse una camiseta, aprenderse un par de nombres y entrar en la corriente. De pronto, formas parte de algo más grande que tú. Y todo lo que no sientes fuera del estadio, lo sientes allí dentro.

Eso no es necesariamente malo. Pero cuando el fútbol se convierte en el único espacio donde te permites sentir orgullo, pertenencia, ira, alegría o incluso duelo, **deja de ser un juego y pasa a ser una prótesis emocional**. Una extensión de todo lo que no tienes, pero necesitas experimentar.

Y no solo ocurre a nivel individual. Muchas sociedades emocionalmente contenidas, donde mostrar vulnerabilidad está mal visto, han encontrado en el fútbol un lugar "seguro" donde permitirse lo que en otros contextos sería censurado. El llanto por la derrota, la euforia desbordada, los abrazos a desconocidos, la rabia escupida a gritos... todo está permitido, pero solo si ocurre dentro del campo simbólico del fútbol. En cualquier otro ámbito, esas mismas emociones serían ridiculizadas o reprimidas.

Pero esa represión no siempre termina en gritos y lágrimas. A veces, **se transforma en violencia**. Cuando la emoción se acumula sin herramientas para gestionarla, y la identidad personal se fusiona con la del equipo, cualquier crítica, derrota o provocación se vive como un ataque personal. Y ahí aparecen los hooligans que rompen mobiliario urbano, agreden a rivales, intimidan a familias en el metro o revientan bares por llevar la camiseta "equivocada". No están defendiendo el juego. Están explotando emocionalmente, canalizando frustraciones que **nunca tuvieron otro espacio donde ser escuchadas**.

Y lo peor es que esa violencia, lejos de ser rechazada de manera unánime, a menudo se tolera o incluso se glorifica en determinados círculos. Se interpreta como "pasión", como "temperamento", como "amor al equipo". Pero lo que hay ahí no es amor, ni siquiera orgullo: es **una gestión emocional disfuncional disfrazada de entrega incondicional**.

Así, el fútbol se convierte en **el único lugar legítimo donde sentir sin explicar**, y para algunos, también en el único lugar donde **romper sin consecuencias**. Se permite el desahogo, sí, pero con condiciones. Emociónate, pero solo por esto. Cae una lágrima, pero solo por ese escudo. Enfádate, pero que tu rabia sirva a la narrativa.

Y así, sin darnos cuenta, **vivimos emociones prestadas**, canalizadas, guionizadas. A veces intensas, sí. Pero cada vez más desconectadas de nuestra vida real. Emociones que parecen nuestras, pero que en realidad **vienen empaquetadas, con fecha, hora y contexto de uso**.

Cuando se acaban los 90 minutos, muchas personas vuelven a una vida vacía, solitaria o frustrante. Pero durante un rato, pudieron sentir algo. Algo fuerte. Algo compartido. Algo que parecía auténtico.

El problema es que lo auténtico no debería tener que venir con publicidad, escudos, derechos de retransmisión... ni con sangre en las aceras.

Parte 4 – ¿Qué sentiríamos si dejara de importarnos?

Imaginar que el fútbol deje de importarnos puede parecer absurdo. Como decir que el sol no saldrá mañana, o que el lenguaje se va a olvidar. Y sin embargo, la pregunta no es si el fútbol debería desaparecer, sino **qué lugar ocupa en nuestra vida emocional, y qué pasaría si ese lugar dejara de estar ocupado por él.**

Si dejamos de vivir el fútbol como una extensión de nosotros mismos, como la válvula emocional que todo lo justifica, ¿qué aparecería en ese espacio? ¿Vacío? ¿Aburrimiento? ¿Soledad? ¿O quizá otras emociones más propias, más íntimas, más reales, que hemos ido empujando hacia los márgenes?

Tal vez empezaríamos a reconocer que muchas de nuestras reacciones no eran tan espontáneas como creíamos. Que no llorábamos solo por el partido, sino por todo lo que no habíamos llorado fuera de él. Que no gritábamos solo por el gol, sino por la rabia acumulada de días y años. Que no abrazábamos por la camiseta, sino porque hacía demasiado que nadie nos abrazaba sin juzgarnos.

Y si esas emociones siguen estando ahí sin el fútbol... ¿qué hacemos con ellas?

Aquí es donde empieza lo difícil. Porque cuando el fútbol deja de anestesiar, te das cuenta de todo lo que duele, todo lo que falta, todo lo que está desordenado por dentro. El fútbol lo tapa bien. Es inmediato, intenso, colectivo. No exige introspección. Pero cuando te deja solo, con tu vida real, puede que sientas vértigo. Como quien baja del escenario y descubre que los aplausos no eran para él, sino para el personaje.

No es una invitación a dejar de ver partidos. Es una invitación a preguntarte **qué pasaría si dejaran de emocionarte tanto.** Si dejaras de sentir que tu felicidad o tu tristeza dependen de lo que hagan veintidós personas a las que no conoces.

Quizá no pasaría nada. O quizá pasarían muchas cosas. Quizá sentirías miedo, o paz, o desconcierto. O simplemente te descubrirías sintiendo **algo que por fin es tuyo.**

Capítulo 7 – El fútbol como videojuego cultural

Parte 1 – Reglas claras, recompensa inmediata

Una de las razones por las que el fútbol funciona tan bien en la cultura contemporánea es porque encaja perfectamente con la lógica del entretenimiento inmediato. Tiene reglas simples, objetivos definidos, ciclos cortos y recompensas claras. Es decir, **tiene todo lo que hace adictivo a un videojuego clásico**.

No hace falta haber leído un reglamento para entenderlo: hay que meter la pelota en la portería contraria, hay una duración concreta, y si marcas más goles que el rival, ganas. No hay interpretaciones, ni sutilezas narrativas, ni finales ambiguos. Hay acción, puntuación y victoria. En una época donde la mayoría de la gente ya no tiene tiempo (ni paciencia) para seguir tramas complejas o procesos largos, el fútbol ofrece una dosis de emoción compacta, predecible y estructurada. Como una partida rápida que te da justo lo que esperas.

Y cuando esa fórmula se repite semana tras semana, el sistema se refuerza. Cada partido es una nueva "misión", con su propio objetivo: ganar este derbi, superar esta fase, evitar el descenso, clasificarse para la Champions. Se generan narrativas que podrían pertenecer a cualquier videojuego: el equipo pequeño que quiere dar la sorpresa, el gigante dormido que busca redención, el villano millonario que arrasa con todo. Hay héroes, hay antihéroes, hay cinemáticas emocionales —entrevistas, ruedas de prensa, vídeos de motivación— que rellenan las pausas entre partidas.

Y, como en los juegos, **hay recompensa inmediata**. No necesitas haber visto la temporada entera para disfrutar de un gol. No hace falta entender la táctica para celebrar una remontada. Todo está pensado para que la experiencia emocional funcione **aunque no entiendas nada del fondo**.

El fútbol moderno ha aprendido mucho de los videojuegos. Ha entendido que la gente quiere estímulos rápidos, reglas claras y un sistema de progreso que no te exija pensar demasiado. Y lo ha convertido en un producto que puedes consumir igual que un juego casual: en cualquier momento, durante unos minutos, solo para sentir algo.

Pero, como con muchos videojuegos diseñados para ser adictivos, **lo que se pierde es el sentido profundo de la experiencia**. Ya no importa tanto el juego en sí, sino cuántas veces puedes repetirlo. El gol ya no es solo una culminación: es una descarga. Y una descarga no necesita contexto, solo repetición.

El fútbol se convierte así en una partida infinita. Y tú, sin darte cuenta, **estás jugando todos los días**.

Parte 2 – Subir de nivel: el aficionado como jugador simbólico

Una de las trampas más efectivas del fútbol moderno es haber hecho que el espectador se sienta partícipe. No de forma simbólica o emocional, sino como si estuviera dentro del propio sistema de juego. Como si, de algún modo, él también "jugara". El aficionado ya no se ve solo como público: se ve como **jugador pasivo** que, a su manera, también "sube de nivel".

El proceso es progresivo. Al principio solo ves partidos. Luego empiezas a aprender nombres. Más tarde, fechas históricas, alineaciones completas, estadísticas de posesión o datos sobre fichajes. Lo que empieza como entretenimiento se convierte en una especie de juego paralelo, donde acumular conocimiento te da estatus dentro del entorno social. El que más sabe, el que más camisetas tiene, el que ha estado en más estadios, el que recuerda "el gol de fulanito en el 96" como si hubiese estado allí... **sube de categoría**. Gana "experiencia".

Y como en todo videojuego, la experiencia se traduce en reconocimiento. En el grupo de amigos, en redes sociales, en la comunidad de hinchas. Cuanto más tiempo dedicas al juego, más puntos sociales obtienes. Se establece una jerarquía simbólica entre los "fans verdaderos" y los "seguidores casuales". Como si el valor de una persona como aficionado se pudiera medir en minutos vistos, post en redes sociales animando al equipo, kilómetros recorridos, años de fidelidad o cantidad de camisetas oficiales en el armario.

Este sistema de validación es perverso porque **genera la sensación de que no es suficiente con disfrutar del fútbol: hay que rendir en él**. Hay que demostrar pasión, conocimiento, lealtad. Hay que estar presente en cada partido, comentar cada noticia, indignarse por cada rumor. Y si no lo haces, pierdes rango, pierdes relevancia, pierdes la sensación de pertenecer.

El fútbol gamifica la identidad del espectador de forma tan eficaz que convierte a personas normales en auténticos clérigos de la causa. Y todo lo que se desvía de ese camino se vive como traición. No ver un partido importante, perderte una jornada, cuestionar individualmente una decisión del club, criticar a un ídolo por algo más que por sus acciones en el juego... puede verse como si te desconectaras del "juego". Como si abandonararas la partida.

Y así, sin haber pisado nunca un césped profesional, millones de personas viven como si jugaran cada fin de semana. Como si su esfuerzo tuviera impacto. Como si su fidelidad los hiciera subir de nivel, aunque ese nivel no se traduzca en nada más que **estatus simbólico dentro de una comunidad que les exige cada vez más tiempo, más entrega y menos pensamiento crítico.**

El fútbol no necesita que juegues. Solo necesita que creas que formas parte de algo. Y una vez que estás dentro, **el juego nunca termina.**

Parte 3 – Avatares de carne y hueso: los jugadores como personajes jugables

En algún momento, sin que nadie lo decretara formalmente, el futbolista dejó de ser una persona y pasó a ser un producto. Un avatar. Un personaje con estadísticas, precio de mercado, habilidades especiales, skins (también conocidas como camisetas de edición limitada) y eventos desbloqueables como si su vida fuera una campaña jugable. Y aunque todo esto se vista de "análisis deportivo" o "gestión profesional", lo cierto es que el trato hacia los jugadores se ha deshumanizado de forma alarmante.

Hoy no se discute si un jugador está bien emocionalmente, sino si "está rindiendo". No se pregunta si una lesión ha sido dolorosa, sino cuántas semanas "estará fuera". No se reflexiona sobre su vida personal, salvo que afecte a su rendimiento o proporcione un escándalo jugoso. Y si se atreve a hablar de salud mental, cansancio o angustia, lo más probable es que lo tachen de blando, de frágil o de poco profesional. Porque en el fondo, **se le exige como si no fuera humano, sino un personaje jugable que tiene que estar siempre a punto.**

La forma en que se habla de ellos en medios y redes sociales lo confirma: se les mide en "millones de euros", en "rendimiento por minuto", en "pérdida de valor". Se les compara como si fueran cartas o cromos: este tiene más velocidad, aquel más fuerza, este otro tiene "visión de juego". Y si no rinden, se "vende". Se reemplaza. Como si cambiar de futbolista fuera tan sencillo como cambiar de personaje en un juego online.

Todo esto no sería tan grave si se tratara únicamente de un lenguaje simbólico. Pero tiene consecuencias reales. Los jugadores reciben insultos constantes, amenazas, presiones familiares. Su vida está hipervisibilizada y constantemente expuesta a la evaluación pública. Se les exige perfección técnica y emocional, y se les revienta en cuanto muestran debilidad o

humanidad. Y no importa si tienen 19 años o 35. Una vez que eres parte del mercado, **se espera que te comportes como un producto premium: sin fallos, sin quejas, sin grietas.**

Y, como ocurre en los videojuegos, cuando el personaje no hace lo que el jugador espera, la reacción es desproporcionada: rabia, insulto, abandono. Muchos hinchas creen tener derecho a exigir lo que sea porque "han pagado su entrada", como si el fútbol fuera un teatro donde uno puede gritar a los actores si no le gusta la función.

El problema no es que se analice el rendimiento de un jugador. El problema es que **ya no se distingue entre el rendimiento y la persona.** Se ha normalizado tanto la lógica de la gamificación que incluso los propios jugadores la asumen. Se tatúan como si fueran skins, posan como si fueran portadas de FIFA, celebran goles con gestos diseñados para TikTok o Fortnite. Muchos lo hacen voluntariamente. Otros, porque no hay otra manera de destacar en un sistema que **solo reconoce lo espectacular, lo viral y lo monetizable.**

Al final, el jugador ya no juega. **Es jugado.** Y mientras más se refuerza esa imagen, más difícil es que alguien vea al ser humano detrás del avatar

Parte 4 – Finales falsos, partidas infinitas

Una de las claves del éxito de los videojuegos más adictivos es que no tienen final. Puedes terminar una misión, completar una campaña, ganar una partida... pero siempre hay algo más que hacer. Un nuevo reto, una nueva skin, un nuevo pase de temporada. El juego se reinventa constantemente para que nunca sientas que has terminado. Y el fútbol moderno, en eso, ha aprendido perfectamente la lección.

Cada temporada tiene sus propias narrativas: la liga, la copa nacional, la Champions, el Mundial, los fichajes, las pretemporadas, los sorteos, las entrevistas, las lesiones, los rumores, los traspasos... Y cuando parece que todo ha acabado, empieza de nuevo. Hay una nueva camiseta, un nuevo fichaje, un nuevo calendario. No hay un punto y final. Hay **una ilusión renovada cada pocos meses, diseñada para no darte tiempo a desconectar.**

El sistema funciona como un bucle emocional cuidadosamente estructurado: euforia, caída, enfado, esperanza, reconstrucción. Cada vez que tu equipo gana algo, se genera una sensación de cierre, como si la historia hubiera llegado a su clímax. Pero dura poco. Muy poco. Porque ya hay que pensar en la

próxima temporada, en el siguiente rival, en lo que viene. La emoción se recicla. El clímax es solo una pausa entre dos inicios.

Este ciclo sin fin impide que haya reflexión. No hay tiempo para preguntarse si lo que estás viviendo te está desgastando, si te está robando tiempo o paz, si te está empujando a justificar lo injustificable. Porque el partido del domingo es más urgente que cualquier pensamiento crítico. Y cuando no hay fútbol en directo, hay contenido de sobra para seguir conectado: tertulias, resúmenes, polémicas, debates sin fin. Como en esos juegos online donde **el menú principal nunca es lo importante: lo que importa es seguir dentro.**

Incluso las derrotas se integran en este sistema de bucle. No como tragedias, sino como **promesas de redención**. Si esta temporada no se pudo, la siguiente será la buena. Y si no, la próxima. Siempre hay una partida más, una oportunidad más, un arco narrativo por cerrar. Y cuando ya no quedan razones reales para ilusionarse, se inventan. Basta con un fichaje, una promesa, un cambio de entrenador, un vídeo motivacional.

El fútbol ya no necesita que creas en tu equipo. Solo necesita que creas que **todavía no has visto todo lo que puede pasar**. Y esa expectativa infinita —igual que en los videojuegos— es lo que lo mantiene funcionando. No importa si ya estás agotado, desencantado o hastiado. Siempre hay una nueva historia que empezar.

Y tú, por costumbre, por hábito o por inercia, vuelves a darle a “continuar partida”.

Parte 5 – Microtransacciones emocionales: paga por sentir

En muchos videojuegos actuales, la lógica ya no es pagar una vez por el juego completo, sino ofrecer la experiencia en fragmentos: gratis para empezar, pero con todo lo importante bloqueado tras una pared de micropagos. Si quieres el personaje especial, la armadura nueva, la campaña extra o simplemente ahorrarte horas de sufrimiento, **tienes que pagar**. Es un modelo que ha hecho del juego una tienda disfrazada de ocio. Y el fútbol moderno ha adoptado ese mismo modelo, pero con emociones.

Ver fútbol, en principio, sigue siendo gratuito. Hay resúmenes, notificaciones, memes, comentarios en redes. Pero si quieres vivirlo como “se debe”, si quieres la experiencia completa, profunda, intensa... toca pasar por caja. Streaming, plataformas de pago, abonos, camisetas, entradas, viajes,

merchandising oficial. Todo lo que antes era consecuencia de seguir un deporte ahora se ha convertido en requisito para vivirlo con legitimidad.

Y no solo pagas por contenido. **Pagas por emoción.** Por la sensación de pertenecer. Por el derecho a opinar. Por sentir que estás “viviendo la historia en tiempo real”. Comprar la camiseta oficial no es comprar una prenda: es **adquirir una identidad momentánea**. Entrar al estadio no es solo ver un partido: es **acceder a un ritual**. Contratar la plataforma que emite los partidos no es solo evitar spoilers: es **comprar la tranquilidad de no quedarse fuera del relato**.

Como en un juego freemium, te dan lo justo para mantenerte enganchado, pero no lo suficiente para sentirte parte si no pagas algo más. El gol lo puedes ver en diferido, pero **la emoción en directo está reservada a quien se lo puede permitir**. Incluso los videojuegos de fútbol reproducen esta lógica: sobres de cartas, ediciones deluxe, modos bloqueados, mejoras estéticas. Todo gamificado. Todo monetizado.

Y lo más perverso es que muchos de esos pagos se hacen desde la emoción, no desde la razón. Se compra con el corazón, con la ilusión, con la frustración, con el deseo de vivir algo que parece más grande que uno mismo. Se gasta sin pensar, como si fuera lo normal. Porque si no lo haces, te sientes menos hinchta, menos conectado, menos parte.

Pero no estás pagando por fútbol. Estás pagando por sentir algo. Por emocionarte a tiempo. Por formar parte de algo que se ha diseñado para parecer inevitable.

Y como buen sistema adictivo, el fútbol no te cobra por entrar... **te cobra por no salir**.

Reflexión

El fútbol se presenta como un juego simple, universal, limpio. Pero todo en su estructura —desde cómo se organiza, cómo se vive y cómo se consume— revela una arquitectura mucho más compleja. Una arquitectura diseñada, no solo para entretener, sino para atrapar. Para que juegues sin darte cuenta, para que pagues sin pensar, para que formes parte de una experiencia colectiva **sin cuestionar quién escribió las reglas**.

Como un videojuego, el fútbol ofrece sensación de control, progreso y emoción. Pero también, como los videojuegos más adictivos, **puede convertirse en una rutina que simula acción mientras oculta estancamiento**.

Y cuando lo vives semana tras semana, temporada tras temporada, sin parar a

pensar en el para qué, corres el riesgo de perder el sentido de lo que realmente estás jugando... o de quién juega contigo.

Porque si el fútbol ya no es solo un deporte, y tampoco es solo un negocio, sino un sistema de juego sin final donde las emociones se monetizan y las personas se convierten en ítems... entonces quizá la pregunta no sea si debemos dejar de jugar, sino si queremos **seguir haciéndolo bajo las condiciones actuales.**

Y como en todo juego que se respeta, siempre existe la opción de **guardar partida, cerrar sesión... y salir.**

Capítulo 8 – Patrias de camiseta

Introducción

Si algo hace poderoso al fútbol, más allá del juego en sí, es su capacidad para ofrecer identidad. No importa quién seas, de dónde vengas o cómo vivas: si tienes un equipo, tienes algo a lo que pertenecer. Un escudo que te representa, unos colores que te definen, una camiseta que te convierte en algo más que tú mismo. Y eso, en un mundo cada vez más fragmentado, es oro puro.

Pero cuando una camiseta deja de ser solo ropa y se convierte en una bandera emocional, lo que era juego se transforma en territorio. Se dibujan fronteras simbólicas entre los que están "dentro" y los que están "fuera", entre los "nosotros" y los "ellos". Y lo que empezó como una forma de vincularse, puede acabar **reforzando divisiones, enfrentamientos, jerarquías y exclusiones.**

Este capítulo no va de patriotismo ni de política en sentido estricto. Va de cómo el fútbol ha sustituido, complementado o amplificado muchas de las formas clásicas de identidad colectiva. De cómo una camiseta puede decir más sobre ti que tu DNI. Y de cómo esa necesidad tan humana de pertenecer, cuando se canaliza a través del fútbol, **puede construir comunidad... o justificar violencia.**

Porque el fútbol no solo te dice a quién animas. A veces también te dice **quién eres, contra quién debes estar... y por qué no puedes dejar de estarlo.**

Parte 1 – La camiseta como bandera

No hay objeto más sagrado en el fútbol moderno que la camiseta. Puede cambiar el entrenador, el once titular, incluso el nombre del estadio... pero **la**

camiseta con escudo y colores permanece (aunque cambien el diseño cada año). Es el símbolo último de fidelidad, de arraigo, de "ser de un equipo" incluso cuando todo lo demás ha cambiado. Y como todo símbolo, **no es solo lo que representa: es lo que exige.**

Ponerse la camiseta no es un acto neutro. Es una declaración de identidad. Es marcar territorio emocional, como quien levanta una bandera en su balcón. No te dice solo qué equipo sigues, sino qué historia estás dispuesto a defender, qué mitología abrazas, qué relatos adoptas como propios. Con ella no solo apoyas al club: **te alineas con una narrativa.**

Lo curioso es que este símbolo de "pasión por los colores" ni siquiera es estable. Cambia cada temporada, a veces sin sentido, con combinaciones que responden más al departamento de marketing que a la historia del club. Aun así, muchos corren a comprarla, incluso a precios desorbitados, como si fuera una reliquia. No están comprando tela. Están comprando **identidad homologada.** Están diciendo: "yo también pertenezco".

Y como toda bandera, **la camiseta no solo une, también separa.** Quien no la lleva se vuelve sospechoso. Quien lleva otra, un adversario. La camiseta se convierte en un filtro automático de afinidad o rechazo. Se utiliza para señalar, provocar, incluir o excluir. No se valora a la persona: se lee su escudo. Lo que debería ser solo una prenda de apoyo al juego se convierte en **una prueba de lealtad.**

Eso, en sí mismo, ya es inquietante. Pero se agrava cuando vemos cómo esta identidad visual se cruza con identidades reales: sociales, políticas, regionales. Algunos clubes no representan solo equipos, sino ciudades enteras, clases sociales, ideologías. La camiseta ya no es solo de fútbol: **es de una forma de estar en el mundo.**

Y, como ocurre con cualquier forma de nacionalismo simbólico, **cuestionar el valor de esa camiseta equivale a cuestionar el alma del grupo.** No importa si el club está podrido por dentro, si tapa delitos, si exprime a sus fans como consumidores. Si llevas la camiseta, lo defiendes. Y si no la llevas, se presupone que no entiendes nada. Como si todo se redujera a eso: estar o no estar bajo el mismo escudo.

El fútbol, que empezó como un juego colectivo, ha convertido la camiseta en un pasaporte emocional. No te hace más sabio, más empático ni más justo. Te hace **legítimo** ante los ojos de los tuyos. Te convierte en uno de "nosotros". Y al hacerlo, también te recuerda quiénes son "ellos".

Parte 2 – Localismo y tribalismo: tu barrio, tu equipo, tu escudo

En muchas ciudades, el equipo de fútbol no es solo un club. Es el barrio. Es la identidad. Es la historia no escrita de generaciones que crecieron con los mismos colores, las mismas canciones, las mismas rivalidades. Ser de un equipo es, en muchos casos, **ser de un lugar**. De una calle. De una esquina concreta del mapa emocional.

Esta relación, en apariencia inofensiva, tiene un componente positivo: puede reforzar la memoria colectiva, la pertenencia, la cultura local. Puede generar vínculos. Pero también tiene un reverso peligroso: **cuando la pertenencia se convierte en trincerismo**. Cuando “tu equipo” no es solo tu equipo, sino un símbolo de superioridad, de pureza territorial, de orgullo excluyente. Cuando deja de ser un juego y pasa a ser una causa.

Muchos clubes han alimentado esta narrativa con gusto. Porque funciona. Porque vende. Porque convierte a cada fan en un defensor de su tierra, y a cada partido en una guerra simbólica por el honor. En este escenario, el escudo del otro no es solo diferente: es una amenaza. Representa al otro barrio, a la otra clase, a la otra forma de vida. Y el partido deja de ser un evento deportivo para convertirse en **una reafirmación constante de que tú estás en el lado correcto del muro**.

Este tipo de tribalismo se ve reforzado por el lenguaje que lo rodea: “derbi”, “clásico”, “rivalidad histórica”, “territorio hostil”. Todo invita a pensar en términos bélicos. A celebrar no solo la victoria, sino la humillación del otro. A medir el valor de tu escudo por cuántas veces ha pisoteado al de enfrente. Ya no se juega por puntos. Se juega por hegemonía emocional.

Y como en todo tribalismo, el grupo lo justifica todo. Las agresiones, los cánticos ofensivos, los insultos a la afición rival, la violencia simbólica (o física) en la calle... Todo queda absorbido por esa lógica de “nosotros contra ellos”. Y si alguien de dentro lo cuestiona, se convierte en traidor. En “uno que no entiende lo que significa el club”. Como si la única forma de amar algo fuera **defenderlo a muerte, incluso cuando duele a los demás**.

El barrio, la ciudad o la región son cosas reales. Pero el fútbol ha sabido usarlas como anzuelo. Y a menudo las ha vaciado de contenido para llenarlas con símbolos que no buscan dignificar el territorio, sino **instrumentalizarlo para el espectáculo**. Porque cuanto más fuerte sea la identidad territorial, más fuerte será el enfrentamiento. Y eso, en términos de negocio, es oro.

Lo que debería ser una celebración de lo local se convierte así en **una frontera emocional**, pintada con escudos, cánticos y odio heredado.

Parte 3 – Nacionalismos de estadio: el fútbol como arma política

Pocos fenómenos movilizan más emoción colectiva que una selección nacional en una competición internacional. Da igual si nunca ves fútbol. Da igual si no te sabes los nombres. Cuando juega "tu país", se agita algo profundo. Algo que tiene que ver con banderas, con himnos, con orgullo. Y si eso fuera solo un ejercicio de emoción compartida, no habría nada que criticar. El problema aparece cuando esa emoción **deja de ser espontánea y pasa a ser utilizada**.

El fútbol es un terreno fértil para el nacionalismo. Tiene símbolos, rituales, enemigos externos, héroes, mártires, narrativas de redención... Tiene todos los ingredientes para construir un relato de nación unida, fuerte, competitiva. Y eso ha sido aprovechado históricamente por muchos regímenes —democráticos y no tanto— para legitimar su poder, desviar tensiones internas, y crear un sentimiento de unidad artificial.

El ejemplo más evidente es el Mundial de Argentina en 1978, celebrado en plena dictadura militar, mientras se torturaba y asesinaba en centros clandestinos. El éxito de la selección sirvió como cortina de humo perfecta. Pero no es un caso aislado. Mussolini usó la selección italiana para exaltar el fascismo. Franco convirtió al Real Madrid en embajador de su régimen. Gobiernos modernos han comprado clubes, organizado mundiales o creado aficiones oficiales para **reafirmar su autoridad o mejorar su imagen internacional**.

Y en muchos países, el fútbol sigue siendo **una de las pocas formas aceptadas de expresar patriotismo sin matices**. Se puede no confiar en el gobierno, criticar el sistema, sentirse excluido socialmente... pero cuando la selección juega, se espera que todo eso se guarde en el cajón. Que se cante el himno, se agite la bandera, se celebre la victoria como si de verdad fuéramos uno solo. Aunque no lo seamos.

Ese nacionalismo de estadio es tramposo. Porque genera una unidad emocional que no se traduce en unidad real. La euforia compartida no cura desigualdades, no soluciona problemas sociales, no cambia políticas... Solo posterga la incomodidad. La camufla con ruido. Y cuando se pierde, todo

vuelve a su sitio. Salvo que el gobierno haya ganado tiempo. O apoyo. O silencio.

Incluso en países sin regímenes autoritarios, el fútbol se convierte en **una válvula emocional para reforzar la identidad nacional sin necesidad de dar explicaciones**. Y eso no sería necesariamente malo si no viniera acompañado de exclusión, desprecio por lo diferente o violencia simbólica contra quienes no "sienten los colores". Porque en este modelo de nación futbolera, no apoyar a la selección puede verse como un gesto antipatriótico. Como una traición. Como "ponerte del lado del enemigo".

Y cuando una camiseta nacional se convierte en **una herramienta para vigilar quién pertenece y quién no**, entonces ya no estamos hablando de fútbol. Estamos hablando de **una forma de control social perfectamente disfrazada de fiesta popular**.

Parte 4 – El rival como amenaza identitaria

En teoría, el rival es parte del juego. Sin contrincante, no hay competencia. Y sin competencia, no hay victoria. Pero en la práctica, el fútbol moderno ha llevado esa lógica a un extremo en el que el otro ya no es simplemente "el equipo que no es el tuyo", sino **una amenaza simbólica a lo que tú representas**.

Esto se ve en cómo se construyen las narrativas: no se trata de ganar, sino de aplastar. No se trata de jugar mejor, sino de "cerrar bocas", "dar una lección", "callar al rival". Se alimenta la hostilidad. Se legitima el desprecio. Se convierte el partido en un campo de batalla donde el resultado no solo puntúa en la tabla, **sino en la autoestima colectiva**.

Y esto va mucho más allá del césped. En muchos casos, el desprecio por el rival no es solo deportivo. Se convierte en burla hacia su ciudad, su clase social, su acento, su forma de vida. Lo que se ridiculiza no es el juego, sino la identidad. Y esa lógica se instala desde pequeños: se aprende a odiar al otro equipo como si fuese un valor más, algo heredado, incuestionable, sagrado. Como si el escudo propio no tuviera sentido sin el escudo que odias.

Los medios, por supuesto, lo alimentan. Hablan de "eternos enemigos", de "batallas históricas", de "odio eterno". Se programan debates que no buscan análisis, sino confrontación. Se viralizan los cánticos más ofensivos, los gestos más provocadores, las declaraciones más incendiarias. Porque la

confrontación da visitas. Y el odio fideliza. Nada une tanto como **tener un enemigo en común**.

Y así, el fútbol se convierte en un campo perfecto para **ensayar la polarización**, esa misma que luego contamina la política, la cultura o las redes sociales. Si durante noventa minutos el otro es una amenaza a mi identidad, si su derrota es la única forma de sentirme parte de algo, entonces todo se vuelve personal. Y si todo es personal, **todo vale**.

La paradoja es que muchas de las personas que participan de este odio simbólico no lo vivirían así en ningún otro contexto. Pero el fútbol les da permiso. Les proporciona una máscara, una excusa, un marco aceptado donde el desprecio está permitido. Y a veces, incluso, celebrado. "Así es el fútbol", dicen. Como si fuera natural. Como si fuera inevitable.

Pero no lo es.

El otro no es tu enemigo. Es alguien que también quiere emocionarse, ganar, compartir. El problema no es que existan rivalidades. El problema es que se haya convertido en **una necesidad identitaria**. En un mecanismo para definir quién eres a partir de a quién desprecias.

Y cuando una identidad se basa en el odio, **no es identidad. Es una herida mal gestionada**.

Parte 5 – ¿Quién soy sin esta camiseta?

Durante años, llevar una camiseta de fútbol ha sido para muchos más que una afición: ha sido una declaración de identidad. Un atajo para definirse. Un refugio donde no hacía falta explicar nada, porque los colores lo decían todo. Pero, ¿qué pasa cuando uno decide dejar de llevarla? ¿Qué queda cuando esa camiseta ya no representa lo que uno es... o lo que uno quiere ser?

A veces, dejar de identificarse con un club no es un gesto político, ni siquiera una rebelión. Es simplemente una señal de madurez, o de desencanto, o de deseo de vivir de otra forma. Pero en un entorno donde el escudo es el pasaporte emocional a la tribu, **quitarse la camiseta es quedarse fuera**. Es perder el idioma común, la pertenencia automática, la validez simbólica. Y eso da miedo.

Porque sin camiseta, sin escudo, sin himno ni rival declarado... uno se queda a solas con su identidad desnuda. Y eso obliga a hacerse preguntas incómodas:

¿Quién soy si no me defino por el equipo al que pertenezco? ¿A qué grupo pertenezco si no tengo una rivalidad que me separe del otro? ¿Qué queda de mí si dejo de "sentir los colores"?

La respuesta no es sencilla. Ni única. Pero lo que sí es claro es que **la identidad no debería depender de una camiseta de poliéster producida en masa cada temporada**. No debería requerir cánticos, enemigos ni rituales semanales para sentirse válida. Uno no debería necesitar despreciar al otro para saber quién es. Ni colgarse un escudo en el pecho para sentirse parte de algo.

Tal vez por eso tanta gente se aferra al fútbol con tanta fuerza: porque ofrece una identidad lista para usar. Viene con instrucciones, con historia, con sentido de pertenencia, con vínculos inmediatos. Es cómodo. Y en un mundo donde construir tu propia identidad desde cero puede ser duro, lento y solitario... el fútbol te la da hecha.

Pero si hay algo que distingue una identidad real de una prestada, es que la real **no necesita enemigos, ni escudos, ni camisetas para existir**. Puede cambiar. Puede adaptarse. Puede crecer. Y sobre todo, no se deshace cuando decides dejar de jugar.

Así que quizá la verdadera pregunta no sea quién soy sin esta camiseta... sino **qué tipo de persona puedo llegar a ser si me atrevo a quitármela**.

Capítulo 9 – El día después del último partido

Introducción

Cuesta imaginarlo. No porque sea impensable, sino porque no nos lo hemos permitido.

Un mundo en el que el fútbol simplemente... deja de importar.

No hay estadios llenos. No hay titulares en portada. No hay partidos retransmitidos ni análisis en bucle. No hay camisetas, ni debates, ni tertulias. Los bares hablan de otra cosa. Las redes también. Nadie espera el domingo. Nadie sabe qué pasó con el último fichaje.

Y lo más extraño: **nadie lo echa de menos**.

Parece absurdo, incluso inquietante. Como si quitar el fútbol fuera arrancar algo esencial. Pero si uno se lo permite, aunque sea como ejercicio mental, se

abre una pregunta poderosa:

¿Qué pasaría si el fútbol dejara de importar?

Este capítulo no busca predecir el futuro, ni proponer una utopía. Solo invitar a mirar el presente desde otro ángulo.

A preguntarnos qué llena el fútbol hoy. Qué tapa. Qué ocupa. Y qué podríamos encontrar si ese espacio quedara libre.

Porque si el fútbol no es solo un deporte, sino un ecosistema emocional, mediático, político, económico y simbólico...

¿Qué ocurre cuando ese sistema se apaga?

Parte 1 – Un experimento mental: el mundo sin fútbol

Imagina que un día, sin previo aviso, ocurre algo extraño.

No hay un comunicado oficial, ni una tragedia, ni una ley. Simplemente, el fútbol deja de importar. Así, de golpe. No hay histeria, ni rechazo violento, ni lágrimas. Solo... indiferencia.

Los estadios siguen ahí, pero vacíos. Los partidos se juegan, pero nadie los ve. Los telediaros siguen su programación, pero ya no abren con goles. Las camisetas siguen en las tiendas, pero nadie las compra. Las conversaciones giran en torno a otra cosa, como si siempre hubiera sido así. Nadie odia al fútbol. Nadie lo censura. Solo ha perdido el lugar central que ocupaba. Como una estrella que se apaga sin ruido.

En ese mundo, la energía que antes se invertía en fichajes, rumores, clasificaciones y rivalidades queda liberada. Hay más tiempo, más atención, más silencio. Las plazas ya no se llenan para ver partidos: se llenan para celebrar otras cosas. Las redes sociales no vibran con cada penalti: vibran con otras historias. La emoción colectiva, lejos de extinguirse, **se redistribuye**.

Y entonces, algo raro ocurre: la gente empieza a recordar. Empieza a preguntarse cuánto espacio ocupaba aquello en su cabeza, en su tiempo libre, en su estado de ánimo. Algunos sienten alivio. Otros, vacío. Otros, una mezcla de ambas cosas.

No hay himnos coreados ni banderas ondeando. No hay bandos ni escudos ni estadísticas. Pero tampoco hay gritos, ni odio, ni derrotas vividas como tragedias. Hay preguntas nuevas. Hay huecos que ya no se rellenan con goles. Hay domingos raros. Y también, quizás, **domingos más libres**.

No es un mundo perfecto. No es una fantasía. Es solo un experimento mental. Una simulación emocional.

Pero en un sistema donde el fútbol es omnipresente, donde todo se organiza en torno a su calendario, imaginar su ausencia **no es nostalgia ni locura**. Es, simplemente, un ejercicio de libertad.

Parte 2 – Espacios vacíos, silencios nuevos

Cuando el fútbol se apaga, no solo se apagan los estadios. Se apaga también un ruido de fondo constante que habíamos aprendido a normalizar. Ese murmullo de partidos, opiniones, goles, polémicas y declaraciones que llenaba la radio, la televisión, los grupos de WhatsApp, las sobremesas, los escaparates, las apps, las notificaciones. Un zumbido continuo que apenas dejaba espacio para el silencio.

Y entonces, cuando ese ruido desaparece, aparece algo incómodo: el vacío. Un vacío de tiempo, sí. Pero también de atención. Un espacio emocional que antes estaba reservado a las victorias, a la indignación, a la euforia, al odio ritualizado. Una pausa rara donde ya no sabes de qué hablar con tu padre, tu jefe o tus amigos. Una pregunta que asoma: **¿de qué hablábamos antes de que todo fuera fútbol?**

El fútbol, al ocupar tanto, nos eximía de buscar. Nos evitaba el esfuerzo de generar otros temas, otras conexiones, otras formas de vivir la emoción. Era el comodín universal. El pegamento fácil. El plan automático. Y cuando eso desaparece, **quedan muchas cosas sin saber a qué pertenecen**.

Algunos lo llenarán con nuevas pasiones. Otros, con silencio real. Habrá quien redescubra viejas aficiones, o quien simplemente se sienta perdido. Porque cuando una estructura ha monopolizado tu ocio, tus domingos, tus vínculos y tus emociones, **no se reemplaza con un par de hobbies**.

Pero el vacío también es fértil. Es donde empieza lo nuevo.

En ese hueco de atención, pueden surgir conversaciones distintas, celebraciones diferentes, intereses dormidos. Puede que la gente vuelva a hablar más de sí misma, o a escucharse más. Puede que ese espacio revele cuánto había quedado tapado por el ritual futbolero.

Y puede que no todo el mundo quiera enfrentarse a eso.

Porque el fútbol también era un refugio. Un justificante emocional. Un escape que, por estar tan socialmente aceptado, **no se cuestionaba nunca**.

Cuando el fútbol desaparece, lo que queda no es solo el tiempo. Es la oportunidad de preguntarse **qué te emocionaría si no te hubieran enseñado a emocionarte siempre por lo mismo.**

Parte 3 – Reacciones y resistencias

En cuanto el fútbol deja de importar, muchos respiran con alivio. Pero otros entran en pánico.

No hablamos solo de los hinchas más fanáticos, sino de **todo un ecosistema que se alimenta del fútbol como columna vertebral de la atención colectiva.** Políticos, marcas, medios de comunicación, casas de apuestas, influencers, plataformas de streaming... Todos dependen, en mayor o menor medida, de que el balón siga rodando y generando conversación, emoción, consumo.

Cuando el fútbol se apaga, ese sistema se tambalea. Y como cualquier sistema en crisis, reacciona. Primero con nostalgia. Luego con negación. Después, con miedo. Los medios lanzan especiales, documentales, resúmenes, cualquier cosa para reactivar la conversación. Los políticos apelan al "sentimiento nacional" y piden "recuperar la ilusión". Las marcas sacan campañas emocionales con niños tristes mirando estadios vacíos. Y los tertulianos, sin contenido que explotar, **intentan convertir el silencio en escándalo.**

No es solo que el fútbol sea rentable. Es que, para muchos, es **funcional.** Sirve para distraer, para unir sin profundidad, para amortiguar tensiones sociales, para dar una falsa sensación de identidad compartida. El fútbol no solo se juega en el césped: **se juega en la mente de las masas.** Y si esa partida se pierde, hay mucho más en riesgo que una final.

Por eso surgirían resistencias de todo tipo. Desde las más tiernas ("el fútbol es lo único que nos une") hasta las más agresivas ("nos quieren quitar lo nuestro"). Desde teorías conspirativas hasta campañas de marketing emocional que nos recuerden "lo felices que éramos" cuando el fútbol lo llenaba todo.

Porque sin fútbol, muchos se verían obligados a ofrecer algo que **no saben ofrecer:** contenido real, pensamiento crítico, emoción genuina. Incluso los propios aficionados podrían resistirse. No porque el fútbol les falte, sino porque lo que reemplaza su ausencia es demasiado revelador. También mucha gente poderosa vería a su imperio tambalearse.

Cuando el estadio se queda en silencio, se escucha más claro lo que hay dentro. Y a veces, eso **asusta más que cualquier derrota.**

Parte 4 – Nuevos juegos posibles

Cuando el fútbol desaparece del centro, no queda un agujero... queda un espacio.

Y todo espacio vacío, antes de ser llenado a toda prisa, **merece ser observado**.

Porque quizá no se trata de encontrar "otro fútbol". No se trata de buscar un sustituto inmediato que genere la misma pasión, los mismos rituales, el mismo fanatismo. **Esa lógica es parte del problema**. Lo que se abre es la posibilidad de imaginar **otras formas de juego, de emoción y de pertenencia** que no necesiten ser absolutas, ni excluyentes, ni eternas.

Quizá surjan juegos nuevos que no enfrenten, sino que colaboren. Que no necesiten idolatrías, ni enemigos, ni dinero por sentir algo.

Quizá reaparezcan las plazas, los espacios comunitarios, los pequeños deportes sin cámaras, los hobbies compartidos sin necesidad de pertenecer a un bando.

Quizá las emociones no se empaqueten para consumo, sino que fluyan, de forma espontánea, entre personas que se escuchan más que se gritan.

No todo el mundo necesita una causa colectiva. Pero muchos sí necesitan **un lugar emocional**. Y si el fútbol deja de ser ese lugar, quizás nos veamos obligados a construir uno nuevo... esta vez **sin atajos, sin dogmas, sin escudos**.

Tal vez haya quien vuelva a tocar un instrumento. O a leer. O a aprender más sobre este mundo. Tal vez se recupere el arte como espacio de catarsis, o el debate como forma de encuentro en lugar de combate. Tal vez la identidad se construya no desde lo que odias, sino desde lo que cuidas. Y tal vez, por fin, la emoción deje de tener dueño.

No se trata de abolir el fútbol. Se trata de recordar que **la emoción colectiva no es exclusiva de ningún deporte ni de ningún escudo**. Y que la libertad de sentir no tiene por qué venir con bandera, ni con himno, ni con calendario.

Porque tal vez, si nos atrevemos a imaginar nuevos juegos, descubramos que lo que más nos gustaba **no era el fútbol**, sino **la posibilidad de jugar**.

Conclusión

Pensar en un mundo sin fútbol no es desear su desaparición. Es **atreverse a imaginar qué hay más allá de él**.

Porque cuando algo ocupa tanto espacio en lo colectivo, en lo emocional, en lo simbólico, deja de ser solo una afición. Se convierte en un eje. Y todo eje merece, al menos una vez al año, ser puesto en duda.

Este capítulo no propone reemplazar el fútbol por otra cosa igual. Propone **reclamar el derecho a elegir**. A sentir otras cosas. A emocionarse sin necesidad de rituales heredados. A construir vínculos que no estén mediado por escudos ni marcas.

Quizá el fútbol siga ahí. Probablemente lo hará. Pero si en algún momento deja de dictar la conversación, el calendario y la identidad, **no será una tragedia**. Será una oportunidad.

La oportunidad de ver qué tipo de humanidad podemos ser **cuando ya no nos están entreteniéndolo todo el rato**.

Capítulo 10 – Reescribir las reglas

Introducción

Después de todo lo dicho, la tentación de quien no vive el fútbol está clara: quemarlo todo y no mirar atrás. Dejar el fútbol como un símbolo de lo que no queremos repetir. Cerrarlo con llave y dedicar la energía a otra cosa.

Y sin embargo... ¿y si no hiciera falta destruirlo, sino **reescribirlo**? No para volver a lo mismo, sino para repensar cómo se juega, cómo se vive, cómo se consume. No para pedirle al sistema que cambie, sino para preguntarnos si hay **formas de reapropiarnos** del juego desde lo individual, desde lo local, desde lo simbólico.

Porque el problema no es que el fútbol exista. El problema es **cómo se ha construido alrededor de él un culto, un negocio y una ideología que todo lo absorbe**. Pero eso no significa que no se pueda rescatar algo del fuego.

Este capítulo no busca redimir al fútbol, ni justificarlo. Solo ofrecer una posibilidad: que si alguna vez fue “el juego más bonito del mundo”, tal vez **aún quede una forma más humana, más honesta, más libre** de jugarlo. Y que si el sistema no quiere cambiar sus reglas, **siempre queda la opción de cambiar tú las tuyas**.

Parte 1 – ¿Es posible otro fútbol?

Decir que el fútbol puede ser otra cosa suena ingenuo. A estas alturas, con todo lo que hemos expuesto, la estructura parece demasiado grande, demasiado blindada, demasiado rentable como para transformarse. Y sin embargo, vale la pena preguntárselo:

¿Hay margen para imaginar un fútbol distinto?

Tal vez sí. Pero solo si dejamos de esperar que el cambio venga de arriba. No será la FIFA la que renuncie al dinero. No serán los clubes-empresa los que cuestionen su modelo. No serán los medios quienes dejen de exprimir el conflicto.

El cambio solo puede empezar desde lo pequeño. Desde lo invisible. Desde lo individual. Un fútbol distinto no significa uno sin reglas. Significa unas reglas más humanas. Uno donde la victoria no sea el único fin. Donde se pueda jugar sin enemigos. Donde el respeto pese más que el escudo. Donde un niño no crezca pensando que fallar un penalti es una tragedia nacional. Uno donde los gestos tengan valor y no patrocinadores. Donde el talento no dependa del marketing. Donde el hincha no sea visto como consumidor, sino como parte de una comunidad real.

Ese fútbol ya existe, aunque no salga en la tele. Ocurre en partidos entre barrios, en campos de tierra, en patios de colegio sin camisetas oficiales, en ligas populares organizadas con más voluntad que dinero. Ocurre cuando alguien juega para disfrutar. Cuando se aplaude una buena jugada aunque no sea de tu equipo. Cuando se termina el partido y nadie insulta, ni grita, ni se cree más que nadie.

Es un fútbol imperfecto, sí. Pero **no tóxico. No esclavo. No convertido en religión.** No será global, ni viral, ni rentable. Pero tal vez no haga falta. Porque si existe siquiera un rincón donde el fútbol se juegue desde el respeto, la igualdad y la alegría, entonces podemos decir que **sí, otro fútbol es posible.** Aunque nadie lo retransmita ni nadie pueda hacerse millonario.

Parte 2 – Lo que sobra, lo que falta

Si de verdad quisiéramos reescribir las reglas, lo primero sería **hacer limpieza.** No una demolición, sino una revisión honesta. Separar lo que dignifica del juego de lo que lo pudre. Lo que une, de lo que divide. Lo que emociona, de lo que aliena.

Porque por mucho que nos vendan el fútbol como algo puro, **hoy está lleno de ruido innecesario.** Y hay cosas que sobran.

Sobran los fanatismos que justifican agresiones. Sobran los cánticos que celebran la violencia. Sobran los clubes que blanquean delincuentes por su valor de mercado. Sobran los "hinchas" que insultan a sus propios jugadores si no rinden. Sobran los medios que convierten cada gesto en un escándalo. Sobran los presidentes que usan el club como trampolín político. Sobran los calendarios deshumanizados, las jornadas a deshoras, las finales en estadios comprados a dictaduras. Sobran los niños que aprenden a odiar antes que a jugar...

Y al mismo tiempo, hay cosas que **faltan**.

Falta educación emocional en las gradas. Falta respeto en las derrotas. Falta admiración mutua. Falta humildad en los clubes. Falta juego por el juego, sin estadística ni épica. Falta risa. Falta silencio. Falta espacio para decir "hoy no quiero ver fútbol y no pasa nada". Faltan modelos distintos. No solo de jugadores, también de aficionados.

Gente que, si decide seguir viendo fútbol, lo haga con pensamiento crítico. Que no normalice el odio. Que no repita sin pensar. Que no convierta un pase en una razón para odiar.

Pero lo más triste no es lo que falta. Lo más triste es que **todo esto se podría haber evitado**. Si el fútbol no se hubiera convertido en espectáculo obligatorio. Si no se le hubiera entregado el poder de definir quién es válido y quién no. Si no se le hubieran tolerado todos los excesos por el simple hecho de emocionar...

No hace falta destruirlo. Solo basta con dejar de rendirle culto. Y si después de eso queda algo, que sea solo lo que merezca quedarse.

Parte 3 – Fútbol con pensamiento crítico

No hace falta que te guste el fútbol para entender por qué tanta gente lo sigue. Basta con mirar alrededor: está en las noticias, en la ropa, en los anuncios, en las conversaciones, en los memes, en el algoritmo. No es solo popular, es omnipresente. Y cuando algo es omnipresente, **lo mínimo que se puede exigir es pensamiento crítico**.

Porque lo que rodea al fútbol **no es solo afición**, es ideología. Una que glorifica la victoria, justifica el fanatismo, normaliza la violencia simbólica y tolera lo intolerable "porque es parte del juego". Y lo peor: una ideología tan disfrazada de ocio que se vuelve invisible. Por eso es tan fácil repetirla sin querer.

Defenderla sin notarlo. Juzgar a quien no participa. Callarse ante lo absurdo. Reír la gracia. Aplaudir la épica. Tragarse el relato.

El pensamiento crítico no consiste en boicotearlo todo. Consiste en **no comprar el pack completo solo porque todo el mundo lo hace**. Puedes ver un partido sin convertirte en hooligan. Puedes seguir a un equipo sin despreciar al resto del planeta. Puedes admirar un gol sin glorificar al millonario que lo marcó. Puedes decir "esto no está bien" sin que te acusen de arruinar la fiesta. Y, por supuesto, **puedes no ver fútbol en absoluto y seguir siendo una persona normal, válida y sociable**. Ese, para muchos, sería el verdadero acto de disidencia: no dejar de ver fútbol, sino **atreverse a verlo sin devoción**. Sin escudo. Sin épica. Sin tragarte la película entera.

Y si eso le quita gracia, si deja de emocionarte... tal vez era solo eso: una emoción prestada. Un decorado que solo funcionaba mientras no encendías la luz.

Parte 4 – Reescribir desde lo pequeño

El fútbol está demasiado incrustado en lo cotidiano como para enfrentarlo desde la épica. No se le derrota con un manifiesto, ni con una pancarta. Se le reescribe desde lo pequeño. Desde los gestos cotidianos. Desde la elección de qué no decir, qué no aplaudir, qué no repetir.

No hace falta montar una revolución. Hace falta **no seguir actuando como si esto fuera normal**.

Puedes, por ejemplo, dejar de fingir interés cuando todo el mundo habla del partido. Puedes mirar a otro lado cuando en el bar gritan como si se jugara el destino del universo (o no gritar tú). Puedes evitar comprar productos de marcas que lo convierten todo en patrocinio disfrazado de sentimiento. Puedes usar la camiseta de tu equipo sin tratarla como un símbolo de guerra cultural. Puedes dejar de justificar la violencia, el insulto o la humillación solo porque hay un balón de por medio. Y puedes decir "a mí no me gusta el fútbol" sin miedo a parecer raro. Eso ya es reescribir algo.

También puedes crear tus propios rituales. Organizar partidos donde no importe quién gana. Jugar sin árbitro. Aplaudir una buena jugada, venga de quien venga. Puedes cambiar las conversaciones. Preguntar por otras cosas. No asumir que todos vibran con lo mismo. Puedes recordar que hay niños creciendo en entornos donde, **si no te gusta el fútbol, estás solo**. Y puedes ser el adulto que demuestre que no pasa nada por salirse del guion.

No vas a cambiar el sistema desde tu salón. Pero puedes dejar de reforzarlo. Y si lo haces con calma, con constancia, con conciencia... estarás trazando **otra forma de relacionarte con el juego**. Una forma donde el fútbol no te define, ni te arrastra, ni te envenena. Una forma donde, si alguna vez se juega, **se juega con otras reglas**.

Parte 5 – Si no cambia el juego, cambia el jugador

Es posible que el fútbol no cambie. O al menos no de la forma en que debería.

Seguirá moviendo dinero, distrayendo a las masas, repartiendo emociones enlatadas y reforzando estructuras de poder que lo necesitan justo como está. Habrá escándalos que se olviden, agresores que sigan aplaudidos, medios que lo traten como sagrado y fanáticos que lo vivan como religión. Y dentro de ese panorama, lo único que de verdad puede cambiar, si uno lo decide, **es la relación personal con ese sistema**.

No hace falta esperar a que la FIFA implusione o que las grandes ligas se disuelvan. Lo que sí se puede hacer, aquí y ahora, es revisar **cómo uno se posiciona ante todo esto**. Si decides seguir viendo fútbol, que sea sin idealizarlo. Si decides no verlo más, que sea sin culpa. Si alguna vez lo criticas, que sea sin miedo a parecer el raro del grupo. Porque el verdadero cambio empieza cuando dejamos de repetir lo que se espera que digamos. Cuando dejamos de actuar como si el fútbol fuera inevitable, imprescindible o incuestionable. Cuando dejamos de seguir las reglas que nunca tuvimos oportunidad de escribir.

Eso no cambiará el juego, al menos no de inmediato. Pero **cambia al jugador**. Cambia la forma en que se habita el entorno futbolizado. Cambia la manera en que se enfrentan los silencios incómodos en las conversaciones, los domingos vacíos, las opiniones automáticas. Y cambia, sobre todo, la posibilidad de **no sentirse parte de algo que no representa nada**.

Uno no tiene que jugar el partido solo porque ya empezó. Puede salirse del campo sin hacer ruido, sin escándalo, sin proclamas. Y desde ahí, observar. Pensar. Empezar otra cosa...

Epílogo – El ruido y el eco

El fútbol es, desde hace tiempo, mucho más que un juego. No por su profundidad, sino por la cantidad de cosas que se le han proyectado encima:

identidad, emoción, orgullo, pertenencia, narrativa nacional, deber colectivo. Todo un sistema que se ha vuelto tan común que pocos se plantean que pueda tener un coste.

Este libro no pretende ofrecer una solución ni una guía. Solo pretende **poner palabras a una incomodidad compartida**. Mostrar que hay personas que no sienten afinidad con este fenómeno, y que eso no las convierte en insensibles, ni en antisociales, ni en aguafiestas. Simplemente no participan del ritual. Y tienen derecho a decirlo.

Hemos hablado de los efectos del fanatismo, del uso político, del negocio, de los valores que se normalizan a través del juego y de la exclusión que genera. Y todo ello no desde el desprecio al deporte, sino desde la necesidad de analizar lo que se ha construido alrededor. No hay nada tan universal que no deba ser cuestionado. Y **el fútbol no debería ser la excepción**.

Si este libro sirve para algo, que sea para abrir espacio. Para que quien no encaja en ese mundo sepa que no está solo. Y para que quien sí lo disfruta pueda, al menos, **mirarlo desde otro ángulo**. No hace falta odiarlo, ni ocultarlo, ni rendirse a él. Basta con observarlo con honestidad y decidir con qué partes se quiere convivir, y con cuáles no.

Ya te he contado lo que no me gusta del fútbol. Más allá del deporte, ¿A ti te gusta todo esto? ¿Quieres dejarlo tal cual está o prefieres añadir algunos cambios?

Glosario y Apéndice Documental

Te invito a investigar sobre las siguientes instituciones, casos, fenómenos, eventos y demás:

FIFA

Federación Internacional de Fútbol Asociación. Máximo organismo rector del fútbol a nivel mundial, con un largo historial de corrupción y escándalos.

VAR

Sistema de videoarbitraje para revisar jugadas dudosas. Su implementación ha sido objeto de debate, polémica y manipulación mediática.

Dani Alves

Futbolista brasileño condenado por violación en 2023. Su caso generó controversia por la defensa pública que recibió durante la instrucción.

Mundial de 1978

Torneo organizado en plena dictadura militar en Argentina. Usado como lavado de imagen internacional mientras se cometían violaciones sistemáticas a los derechos humanos.

Ultras / Hooligans

Grupos de aficionados radicales, muchas veces asociados a actos de violencia, ideologías extremas y enfrentamientos organizados.

Blanqueo deportivo

Fenómeno por el cual se toleran, justifican o silencian actos delictivos o éticamente cuestionables por parte de futbolistas o clubes, amparados en su valor deportivo o económico.

Hincha

Término popular que designa a un aficionado, generalmente apasionado, de un equipo de fútbol.

Derbi

Partido entre dos equipos de la misma ciudad, región o país, cargado de rivalidad histórica y emocional.

Marketing deportivo

Conjunto de estrategias publicitarias que utilizan el deporte, y especialmente el fútbol, para vender productos, marcas o ideologías.

Identidad futbolística

Construcción simbólica que une a personas en torno a un equipo, generando sentido de pertenencia, a menudo excluyente o tribal.

Aficionado

Persona que sigue, apoya o consume fútbol, ya sea como espectador ocasional o seguidor habitual.

Liga

Competición regular entre equipos de fútbol en un país o región. Se juega por puntos a lo largo de una temporada.

Fichaje

Contratación de un jugador por parte de un club, generalmente asociada a cifras millonarias y fuerte carga mediática.

Fanatismo

Adhesión irracional e incondicional a un equipo, figura o símbolo, que puede derivar en violencia o intolerancia hacia lo distinto.

Patriotismo deportivo

Uso del deporte, especialmente en selecciones nacionales, para reforzar sentimientos de identidad nacional y unidad colectiva, a menudo con fines políticos.

Blanqueo institucional

Uso de eventos deportivos para limpiar la imagen de gobiernos autoritarios o empresas con historial cuestionable.

Tribalismo

Actitud social que divide el mundo en "nosotros" y "ellos" con base en símbolos compartidos, en este caso deportivos.

Dogma futbolístico

Conjunto de creencias no cuestionadas que se dan por ciertas dentro del mundo del fútbol, como la infalibilidad de ciertos jugadores o el carácter sagrado de una camiseta.

Rivalidad histórica

Enemistad simbólica entre clubes o selecciones basada en enfrentamientos pasados, muchas veces ampliada por los medios.

Espectáculo deportivo

Forma de entretenimiento basada en la retransmisión y comercialización de competiciones deportivas, a menudo diseñada para generar ingresos antes que valores.

1. Términos y conceptos adicionales

Pelotazo urbanístico (en el fútbol)

Operación especulativa donde clubes de fútbol, en colaboración con administraciones públicas o promotores privados, recalifican terrenos de estadios para obtener beneficios inmobiliarios.

Tasa de olvido mediático

Fenómeno por el cual las acciones cuestionables de futbolistas o clubes desaparecen rápidamente del discurso público, especialmente si su rendimiento deportivo mejora.

Fútbol como distracción política

Uso intencionado de competiciones o logros deportivos para desviar la atención pública de escándalos o crisis nacionales.

Lavado verde / Greenwashing deportivo

Estrategia de marketing en la que clubes o competiciones promueven acciones ecológicas superficiales mientras participan en estructuras contaminantes o extractivas.

Emocionalización masiva

Proceso de convertir eventos deportivos en experiencias emocionales colectivas con carga política, identitaria o económica.

Afición institucionalizada

Cuando clubes canalizan el comportamiento de sus aficionados mediante peñas, asociaciones o incentivos, diluyendo la espontaneidad y normalizando discursos únicos.

Publicidad emocional

Campañas publicitarias que se apoyan en el fútbol y sus valores percibidos para vender productos completamente ajenos al deporte.

Cultura del resultadismo

Obsesión por ganar a cualquier coste, que reduce el deporte a un marcador y convierte la derrota en una humillación.

2. Casos reales y referencias breves

Qatar 2022

Mundial organizado por una dictadura teocrática, con denuncias por explotación laboral masiva, represión de derechos humanos y manipulación informativa.

Cristiano Ronaldo / Hacienda

El jugador fue condenado por fraude fiscal en 2019, aunque recibió penas reducidas y una multa asumible. Su imagen pública apenas se resintió.

Messi / Hacienda

Condenado por evasión de impuestos. Mismo patrón: apoyo masivo, justificación mediática, consecuencias mínimas.

Mundial Argentina 1978

Evento usado por la dictadura militar para proyectar una imagen internacional de normalidad, mientras el país vivía bajo el terrorismo de Estado.

Caso Rubiales 2023

El expresidente de la RFEF fue denunciado por comportamiento machista, abuso de poder y acoso. Su entorno defendió sus actos durante semanas, señalando a quienes los denunciaban.

FIFA Gate (2015)

Escándalo internacional que destapó una red de sobornos, lavado de dinero y fraude fiscal dentro de la FIFA. Decenas de directivos fueron imputados. Joseph Blatter, presidente durante años, fue suspendido, pero el sistema se mantuvo casi intacto.

Caso Neymar – Falsedad documental y fraude fiscal

La transferencia del jugador desde el Santos al Barcelona en 2013 estuvo envuelta en irregularidades contractuales y fiscales. La directiva del club y el propio jugador fueron procesados.

Mundial Rusia 2018 – Blanqueo de imagen

Utilizado por el gobierno de Putin como herramienta de propaganda para reforzar el prestigio internacional del país en medio de sanciones por la invasión de Crimea y represión interna.

UEFA y el Fair Play Financiero selectivo

El sistema supuestamente impuesto para evitar desigualdades económicas entre clubes ha sido criticado por su aplicación arbitraria y la permisividad con grandes clubes como el PSG o el Manchester City.

Benjamin Mendy – Acusado de violación

El jugador del Manchester City fue acusado de múltiples agresiones sexuales. A pesar de la gravedad de las denuncias, el club mantuvo silencio durante meses.

Lucas Hernández – Violencia de género

El jugador del Bayern de Múnich y ex del Atlético de Madrid fue condenado en 2019 por agredir a su pareja. Posteriormente, desobedeció una orden de alejamiento y fue noticia solo brevemente.

Rubén Semedo – Secuestro, agresión y tenencia de armas

El defensa portugués fue arrestado por varios delitos graves en España. Pese a ello, volvió a jugar en primera división tras cumplir una condena parcial.

Tragedia del estadio de Port Said (Egipto, 2012)

Al menos 74 muertos tras un enfrentamiento entre hinchas, presuntamente facilitado o incluso promovido por la policía como castigo político.

Violencia en el fútbol argentino

Los "barras bravas", grupos de hinchas radicalizados con vínculos políticos y mafiosos, han sido responsables de múltiples asesinatos, extorsiones y chantajes en el entorno futbolístico.

Asesinato de un árbitro en El Salvador (2023)

Un árbitro fue linchado por jugadores y aficionados tras una expulsión durante un partido amateur. El hecho expone cómo la violencia simbólica del fútbol puede desembocar en tragedias reales.

Brasil 2014 – Mundial en medio de la desigualdad

Celebrado en un país con servicios públicos colapsados y pobreza estructural. Las protestas fueron respondidas con represión mientras se destinaban miles de millones a estadios.

Alemania 2006 – Escándalo de compra de votos

Investigaciones periodísticas revelaron pagos para asegurar la elección de Alemania como sede. El caso fue cerrado sin condenas definitivas.

Sudáfrica 2010 – Espejismo económico

Prometido como motor de desarrollo, el Mundial dejó una infraestructura insostenible y poco impacto real para la población más pobre.

Fondos buitres y compraventa de clubes

Equipos como el Málaga, Valencia o clubes ingleses han sido adquiridos por inversores especulativos que usan los clubes como vehículos financieros, sin interés deportivo real. Mirad siempre quién es el dueño del club y a qué más se dedica.

Casas de apuestas y patrocinios masivos

Gran parte de los ingresos actuales del fútbol provienen de empresas de apuestas. Esto ha normalizado la ludopatía y la exposición de menores al juego.

Cristiano Ronaldo y Binance

El futbolista promovió una plataforma de criptomonedas con acusaciones de fraude, que fue posteriormente demandada. La publicidad sigue sin regulaciones claras en el ámbito deportivo.

... y lo que aún no sabemos.

Este libro es libre.

Este libro se distribuye gratuitamente.

Puede ser copiado, compartido, impreso y redistribuido por cualquier medio físico o digital, sin pedir permiso y sin necesidad de atribuir autoría real.

No debe ser vendido. No debe usarse con fines comerciales.

Se autoriza su difusión completa o parcial únicamente si **no se obtiene beneficio económico directo o indirecto.**

Cualquier intento de comercialización viola el espíritu de esta obra y el deseo expreso de quien la escribió.

Si este texto te ha hecho pensar, compártelo. Si no te ha gustado, ignóralo. Pero no lo encierres.